

OMAR BARRIENTOS VARGAS

**MESTIZO Y EL TESORO DE
GUAICAIPURO**

CARACAS

Omar Barrientos Vargas

Mestizo y el tesoro de Guaicaipuro

Portada: Alex Casadiego

Ediciones del autor

Caracas, 2021

OMAR BARRIENTOS VARGAS

CONTENIDO

CONTENIDO	3
I.- UN MESTIZO DOMADOR DE POTROS.....	5
II.- CARACAS CONSOLIDADA Y EN CONSTRUCCIÓN	8
III.-LOS FILIBUSTEROS DE DRAQUE EN CARACAS ENFRENTADOS POR SOLITARIO Y VIEJO JINETE.....	12
IV.- AMANZADOR DE NUEVO, PERO EN OTRA HACIENDA.....	14
V.- LA APACIBLE ALDEA DE CATIA ARRAZADA POR LOS CONQUISTADORES	18
VI.- CARIBE DE CORAZÓN, MESTIZO POR LA REALIDAD	21
VII.- AMOS FOLLADORES O MEJOR VIOLADORES	25
VIII.- MERCADO EN CARACAS Y PREVISIONES DE CUALQUIER ASALTO	28
IX.- VIRUELA Y CONQUISTADORES DIEZMARON A LOS CARIBES CARQUEÑOS	32
X.- RETORNO AL HATO Y ENCUENTRO CON EL VIEJO INDÍGENA TEQUE	35
XI.- EXCELENTE CARPINTERO	37
XII.- EN POSESIÓN DEL PLANO DEL TESORO DE GUAICAIPURO.....	41
XIII.- GUAICAIPURO: SIN ORO LOS INVASORES SON NADA.....	43
XIV.- RICO, LIBRE, POBRE Y ENCOMENDADO NUEVAMENTE	47
XV.- EN POSESIÓN DEL PLANO DEL TESORO Y UN POTRILLO. FALLECIMIENTO DEL VIEJO TEQUE.....	51
XVI.- SALIDA DEL HATO. TESORO EN MANO. MESTIZO, MEJOR SERÍA BLANCO.....	54

XVII.- BUEN REGRESO. VESTIR Y ACTUAR COMO CABALLERO.	57
XVIII.- DE COMPRAS. LA PERLA COMO MONEDA. INDIOS Y NEGROS MUEREN A MONTONES EN SU EXTRACCIÓN	62
XIX.- PROSPERIDAD. MEJOR BLANCO QUE MESTIZO	65
AMANTE BLANCA. A CASA LLENA. REPUDIO DE MERCEDES	68
XX.- MARÍA SE CASA. JUAN TODO UN COMERCIANTE. PARENTELA BLANCA, PERO DE ORILLA	73
XXI.- ENVIDIA E INVESTIGACIÓN. CONTRABANDISTA NO. ¿ORO DE DÓNDE?	77
XXII.- DORADO DE FRACASO. LIBERTAD Y VIDA PARA EL MESTIZO .	80
XXIII.- ¿CÓMO DISPONER DEL ORO, SIN VOLVER A DESPERTAD RESQUEMORES?	85
XXIV.- CACAO A LA HUAIRA	89
XXV.- VIAJE Y GANADO DE VALENCIA.....	92
XXVI.-VIDA DE BLANCO, DISIPADA	94
XXVII.- TODO TIENE SU FINAL	97
EL AUTOR	103
BIBLIOGRAFÍA	105

I.- UN MESTIZO DOMADOR DE POTROS

El potro de continuo corcoveó y el jinete incapaz de seguir montado, fue arrojado al suelo.

Varios minutos estuvo en el piso, soportando y esperando la desaparición de los dolores en sus posaderas, espalda y manos. Al fin se levantó, se frotó las zonas aporreadas.



Se consideraba y era un domador de primera, pero este animal resultó muy malamañoso. Habíase descuidado y los descuidos en esta actividad significaban accidentes y lesiones. Menos mal, solo había sido aporreado levemente y eso le pasaba por culpa de una distracción. Debería tener más cuidado, independientemente del animal a entrenar.

Pronto su mente se volvió a alejar de esta actividad y caviló acerca de su vida.

Desde su nacimiento, su madre y su padre putativo lo ayudaron a formarse. Llevaban una vida dura, llena de dificultades, pero nunca le abandonaron, siempre lo socorrieron, le ayudaron, le orientaron, lo encaminaron y el mismo “taita” Tirama le enseñó el trabajo que bien dominaba, ejercido por él, de domador de potros.

Su infancia había sido muy similar a la de los otros niños indígenas, negros y mestizos, iniciados en el trabajo permanente en el campo, atendiendo las siembras, alimentando los animales y recibiendo los improperios y castigos de parte de los capataces y amos blancos.

Le habían bautizado de acuerdo a las creencias de sus patrones cristianos con el nombre de Luis Daniel. Su madre le orientó en la religiosidad indígena; aconsejándole practicar además de los

rituales y hábitos pregonados por los amos españoles, los propios, los indígenas.

De estas enseñanzas entendía la existencia además de los dioses caribes, de otros dioses. Así los españoles tenían los suyos, sus propios dioses, llamando Cristo, al principal y santos a los secundarios.

Para él, Guaipo de acuerdo a su nombre caribe caraqueño y Luis Daniel, puesto por el sacerdote cristiano bautizador, esas cuestiones religiosas no tenían mayor trascendencia, todos esos dioses eran auténticos y solo debían ser tomados en cuenta, de acuerdo a las circunstancias.

Los dioses caribes, el sol, el viento, la tierra, el Guaraira Repano, durante miles de años venían acompañando y dirigiendo el actuar de los indígenas caraqueños, los habían ayudado en la luz, calor, siembras, lluvia, aire o las cosechas; en fin en la lucha por la sobrevivencia, pero ahora se veían en minusvalía frente a los dioses cristianos, quienes apoyaban a los españoles, en las luchas para derrotar a los pueblos originarios y ser convertidos en dueños y amos de los valles, cerros, ríos, mares y playas caraqueños e incluso de los mismos aborígenes.

En consecuencia creía en todos esos dioses, claro, sin siquiera sugerirlo a sus amos españoles; ellos solo aceptaban como válidos los suyos y así se los imponían. No los contradecía, al contrario, los complacía invocándolos y manifestando un fervor inexistente, pero bien simulado. En secreto y calladamente, aplicaba la misma opción de los demás indígenas: adoraba e invocaba a los dioses caribes.

Su madre, siempre reverenciaba y respetaba las creencias ancestrales impartidas por sus progenitores y la gente de la aldea donde había vivido, antes de ser secuestrada por los conquistadores y destinada a esta encomienda, de la cual intentó huir en compañía de Tirama, otros indígenas, negras y negros. De eso habían pasado ya muchos años, cuando aun cuando no había nacido.

Él fue concebido, luego de las múltiples violaciones de su madre y demás damas fugadas, por parte de sus captores, españoles, canarios y mestizos, por eso él era un pardo o mestizo.

Y Tirama, quien se había unido luego con su madre, trató a la criatura, a él, como un hijo, al cual ayudó a criar y crecer.

Mucho le enseñó Tirama, a quien se acostumbró a llamar “taita” – papá- , pues aun cuando no lo era consanguíneamente, sí en la vida diaria.

Pero eso, en estos momentos de poco le servía, sus padres habían muerto hacía ya algún tiempo, ahora se trataba de qué le iba suceder, o mejor qué haría él con su vida.

Hacer siempre lo mismo, la rutina de su labor empezaba a agobiarlo, deseaba emprender algo nuevo.

El trabajo de amansador de potros le gustaba, pero no como obligación. Estaba en la hacienda de Don Julio. Trabajaba todo el día y todos los días y cumplía con rigurosidad las tareas encomendadas, a cambio, solo le permitían cultivar a ratos la parcelita que antes les habían asignado a sus padres, por la cual debía entregar parte de su cosecha al patrón.

Afortunadamente no era un esclavo, ni estaba encomendado, pero lo trataban y se debía comportar como tal.

De acuerdo con las leyes dictadas desde la península española, los hijos de las indias eran personas libres, mientras los de las esclavas negras, estaban destinados a ser esclavos de por vida.

Quería marcharse, probar otra vida. Tal vez podría conseguir un trabajo remunerado y con un trato más humano.

Durante varios días su mente se llenó con este pensamiento, pero cómo lograr salir de este predio con la anuencia del patrón. No deseaba irse fugado, le podría costar muy caro como ya sabía les había pasado a otros, incluyendo a sus padres. Claro los tiempos han cambiado, pero amo es amo y nunca se sabe cuáles represalias podrían tomar.

Con mucho tino y forma planteó sus deseos a su capataz.

Al principio el propio jefe trató de convencerle del buen trato recibido y la conveniencia de permanecer en el predio. Luego de encomendarle varias tareas y consultar con el amo, Don Julio, le manifestó la noticia de haber sido autorizada su partida y además el amo autorizaba volverlo a recibir, si decidía regresar, le recibirían de nuevo, pero con la condición de trabajar durante un par de años como mínimo.

Así, obtenido el consentimiento, se dispuso a marcharse a otro lugar, sentíase encarcelado y quería probar suerte en otro lugar, ¿pero a dónde?, ya se verá...

II.- CARACAS CONSOLIDADA Y EN CONSTRUCCIÓN

La mañana estaba fresca y clara, pronto el sol calentaría fuerte, pero ya estaba acostumbrado a llevarlo a diario, durante sus jornadas laborales, su piel, su cuerpo o mejor todo su ser lo recibía constantemente, era cosa normal.

En un saco llevaba todas sus pertenencias: La mayoría de los haberes pertenecientes y usados por su madre y padre quedaban en el rancho donde había vivido.

Vestido con una camisa y un calzón blanco, percutido y gastado por el tiempo; un sombrero de paja, sus alpargatas y una bolsa con sus pertenecías y algunos alimentos, emprendió la caminata.

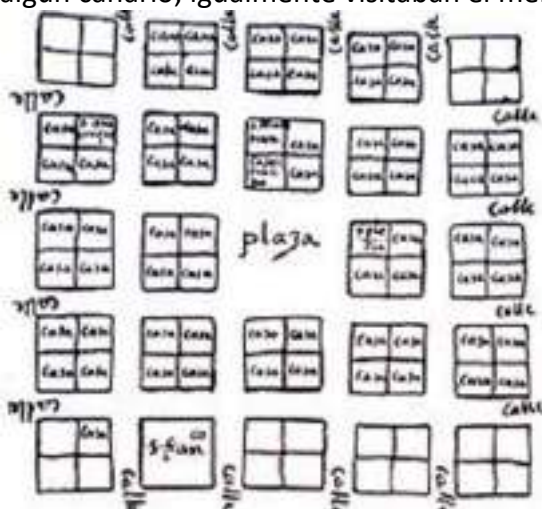
Se dirigió a la ciudad, a Santiago de León de Caracas. Anduvo siguiendo la ruta conocida, desde cuando viajaba en la carreta o a pie siguiéndola, para llevar productos de la encomienda a ser vendidos en el mercado y traer implementos e insumos necesarios para la hacienda.

Santiago de León de Caracas estaba dejando de ser una aldea en crecimiento, para convertirse en una verdadera ciudad. Desde su fundación el general Diego de Lozada, la designó así, en esa rimbombante categoría.

Buen eso fue al comienzo, ahora luego de haber transcurrido un buen tiempo se desarrollaba y perfilaba como una auténtica ciudad.

Docenas de manzanas, en cuyo centro se encontraba la plaza mayor, convertida los fines de semana en mercado, rodeada por las principales edificaciones –algunas sin terminar o mejor en construcción-, la casa de gobierno, el Concejo Municipal, la iglesia, el cuartel militar, la cárcel.

En la plaza mercado, los vendedores exhibían diversas mercancías y comestibles, y una multitud de compradores penetraban o salían de allí. Unos a pie cargaban bultos y bolsas, otros en bestias y damas en carruajes, manejados por un indio o negro y alguno llevado por algún canario, igualmente visitaban el mercado.



A los diez años de fundada, Santiago de león tenía 25 manzanas

Santiago de León de Caracas fue diseñada para que cada cuadra midiera ciento diez pasos por cada lado, totalmente cuadradas y frente a la plaza se ubicó el espacio para la iglesia, iniciándose su construcción y las de las otras edificaciones públicas de inmediato. A Diego de Henares le fue encargada el diseño y distribución de

estos espacios, por el fundador de la ciudad, general Diego de Lozada. (*)

Contrariamente, a lo dispuesto por la Corona Española en las Leyes de Indias el trazado de las plazas y calles debía hacerse de manera tal que tuvieron un lado más largo que el otro, rectangulares y la iglesia no debía limitar con dicha plaza, pero el plan original de la ciudad, no siguió esas pautas.

De eso había pasado ya más de medio siglo, se creaban nuevas manzanas, calles y construcciones.

Diferentes productos exhibían los vendedores en el mercado. En puesto o amontonados en guacales en el piso; se ofrecían vegetales de diversas clases, la casi totalidad tropicales, membrillos, guanábanas, guayabas, anones, hicacos, lechosas, mereyes, melones, piñas, limones, naranjas. También cebollas, papas, yuca, berenjenas, coles, nabos, ajos y otros productos de la tierra.

Un poco más adelante, la oferta era de carnes de res, marrano, chivo y animales de cacería, como venado, chigüire, báquiro, danta, conejo, tortugas, babo, lapa y entre los alimentos cárnicos no podían faltar la venta de aves vivas, gallinas, pavos palomas y demás

Pasando la calle y en varias cuadras, aun cuando no seguidas, proliferaban comercios de índole diversa, la mayoría tiendas con múltiples cosas, desde implementos para las faenas del campo, armas de cacería o productos agrícolas.

Por las calles en sentido norte sur, bajaba desde el cerro Guaraira Repano, una acequia, aún en obras; un canal desde la quebrada Anauco trasportaba sus aguas cristalinas; de allí, la extraían y llevaban para sus viviendas, los vecinos.

Las autoridades habían dispuesto a los habitantes de los diversos solares y viviendas, cubrir, aunque fuera con palmas, los torrentes de agua, a fin de evitar que cochinos, chivos o perros, las ensucien. Disposición acatada pero no cumplida.

(*) Eduardo Arcila Farías: “El edificador de Caracas” Diario “El Nacional” 17 de enero de 1955

OMAR BARRIENTOS VARGAS

En las diversas calles circulaban indios, negros y mestizos, generalmente vigilados y mandados por un blanco español o canario; llevaban materiales de construcción para las diversas casas, a veces cargándola ellos o llevadas en carretas; acarreaban vigas, barro, listones, tablones de madera, horcones, cañas bravas, palmas y muchos otros elementos.

En las parcelas otros se dedicaban a las labores de edificación de las viviendas, unas con paredes de bahareque, otras; los menos, con ladrillos de barro, pero todas con techos de palma.

Algunas residencias, presentaban una fachada aceptable y parecían, ya casi totalmente construidas. Tan solo un par de casas, amén de la iglesia, la edificación de gobierno, el cuartel, la cárcel y el local del Concejo Municipal llevaban una construcción muy sólida con fachadas frisadas

Para la defensa, de posibles incursiones indígenas, patrullas de soldados armados de arcabuces, ballestas, picas, espadas y puñales y protegidos con cascos y escaupiles recorrían la ciudad.

A pesar de haber cesado hacía ya, muchos años los intentos de asalto indígena sobre Santiago de León, aún se seguía con la costumbre del patrullaje y el permanecer alerta, amén de servir de resguardo de la vida, los bienes y propiedades de los vecinos y velar por la fortaleza del gobierno caraqueño.

Más se temía por la incursión de alguna partida de piratas; aun cuando la ciudad estaba bastante retirada de la costa, se recordaba el asalto del filibustero Francisco Draque y su partida de 500 piratas, quienes en 1595, habían tomado Santiago de León durante varias semanas.

III.-LOS FILIBUSTEROS DE DRAQUE EN CARACAS ENFRENTADOS POR SOLITARIO Y VIEJO JINETE

Don Diego de Osorio, gobernador de la provincia, luego de enfrentar una terrible plaga de gusanos, que sometió al hambre a la ciudad, y acudiendo los vecinos y sus autoridades a la protección de San Jorge, lograron dominarla a finales del año 1594, decidió el año siguiente emprender una gira por todo el territorio de su gobernación, comenzando por la provincia de Maracaibo. La autoridad de Santiago de León quedó al arbitrio de sus alcaldes, Garci González de Silva y Francisco Rebolledo.



La nave pirata de Draque recaló en el puerto de Guaicamacuto en el litoral central, sin encontrar resistencia.

Mientras la nave se acercaba a las costas, la población la abandonó precipitadamente. Sus habitantes, previendo lo peor escaparon hacia las montañas, selvas aledañas, mandando a dar aviso y solicitar ayuda a Santiago de León.

Tan solo quedó el español Villapando, quien enfermo, no pudo, ni quiso huir.

Echada la tropa filibustera a tierra, en rápido recorrido por la población, encontraron únicamente a este personaje.

Draque mandó a torturar al español y someterlo a interrogatorios, pero este, curado de pronto, para salvar su vida ofreció colaborar en todo. Así les informó acerca de un camino oculto para llegar a Santiago de León a través del Guaraira Repano, ofreciéndose a servirles de baqueano.

Entretanto, los alcaldes informados de la incursión pirata y sus deseos de asaltar Santiago de León, juntaron toda la gente de armas y montaron unas trampas por el camino normal de comunicación de la ciudad con el litoral.

500 filibusteros guiados por el propio Villapando, sanado milagrosamente, salieron, luego de un largo y tortuoso recorrido, al valle de Caracas.



Entonces, al observar la ciudad a lo lejos, Draque ordenó de inmediato ahorcar a Villapando, como castigo a su conducta, al haber cometido traicionado a su gente.

La soga fue lanzada sobre un enorme árbol y sin ningún apremio y entre la burla de los filibusteros, fue izado por el cuello el guía traidor y dejado allí hecho cadáver por muchos días.

Divisada la partida sobre una loma, los vecinos que quedaban en la ciudad, fundamentalmente, mujeres, niños y viejos, llevando de valor todo cuanto pudieron, emprendieron una veloz fuga hacia la selva para ocultarse y no caer en manos de los piratas.

El anciano guerrero Alonso Andrea de Ledesma, quien fuera décadas atrás, uno de los conquistadores, compañeros de Diego de Lozada en la invasión, derrota de los indígenas y a continuación, fundación de la ciudad Santiago de León de Caracas salió solitario a enfrentar a los piratas.

Montado en su caballo y empuñando una lanza y su adarga, Alonso de Ledesma se abalanzó contra los filibusteros

Draque, percatándose de la valentía y resolución del decrepito jinete, ordenó a sus hombres respetarle la vida, evitar su muerte.

Al acometer el anciano con gran ímpetu a la masa pirata, tratando de alancear a alguno; los piratas desobedeciendo las órdenes de su jefe, accionaron sus arcabuces, matando al osado y solitario defensor de la ciudad (*).

El propio Draque y los corsarios decidieron honrar a tan valiente guerrero, llevando su cadáver a la ciudad y brindándole honores militares procedieron a su entierro.

Durante varios días, los piratas se dedicaron al saco, acopiando todo cuanto encontraron y pudieran cargar.

Entretanto los alcaldes Garci González y Francisco Rebolledo, enterados de la toma de Santiago de León por los piratas, volvieron sus pasos atrás y trataron infructuosamente de atacarlos, tan solo logrando impedirles avanzar hacia las haciendas y predios del valle. Al cabo de varias semanas, los filibusteras abandonaron la población y la incendiaron. Se dirigieron luego al litoral, abordaron su nave y se fueron por el mar Caribe.

Esta fue la primera y única vez cuando se produjo una incursión pirata sobre Santiago de León.

IV.- AMANZADOR DE NUEVO, PERO EN OTRA HACIENDA

Al encontrarse en las cercanías de la ciudad, sintió el cansancio, propio de la caminata a pleno sol. Era mediodía, lo sabía porque el sol estaba en el cenit; sintió hambre, la sed sabía aplacarla con gran facilidad en la acequia, la comida, la cargaba en su talego medida para varios días; así decidió sacar algunas frutas y comerlas de inmediato.

(*) Cervantes lo emuló, para crear su personaje Don Quijote

Luis Daniel –Guaipo- era un hombre blanco de 1,82 metros de altura, de piel tostada por el sol, de pelo liso y castaño; su tez lampiña y sus ojos rasgados, delataban su condición mestiza.

Sentado sobre una piedra, se alimentaba con gran ansia, cuando un hombre a caballo le llamó y luego de interrogarle sobre qué sabía hacer, le propuso trabajo, le ofreció hospedaje, comida y una módica paga mensual.

Así contento con la buena suerte de conseguir un empleo, casi de inmediato, contestó al señor, su nuevo amo con un sí, a sus órdenes y emprendió una larga caminata tras el jinete hacia su hacienda.

El recorrido fue largo, pero se le hizo fácil y cómodo, por la sola expectativa del trabajo encontrado; sin haberlo buscado; se lo habían ofrecido, lo habían buscado a él.

Se trataba de un predio, localizado al pie de monte del Guaraira Repano, donde se continuaba montaña arriba. Había mucha selva, como en todo el valle y cerros de su rededor.

En un claro se podía distinguir una vivienda amplia, con varios caneyes en sus laterales y cultivos de diversos productos agrícolas, era igual o muy parecida a otras fincas conocidas y visitadas por él, desde muy temprana edad.



Una serie continua de corrales, debidamente trazados y organizados, tenía en el medio, uno destinado para la doma de las bestias y era el sitio donde, pensaba le pondrían a desempeñar sus labores.

Un catire –rubio- de pelo muy amarillo y con el lenguaje típico de los canarios, le dio la bienvenida a su patrón, y de inmediato aceptó

la misión de encargarse del nuevo trabajador, ubicarle alojamiento e informarle sus obligaciones.

En un caney donde colgaban sus hamacas la peonada fue ubicado, indicándole sus deberes y la obligación de comenzar la faena al despuntar el sol por las mañanas.

Al día siguiente le destinaron, junto a varios indígenas a pacer una punta de ganado en un sabanal, la cual debían meter en un corral antes de la caída del sol por la tarde. Así lo hicieron sin mayores dificultades, ni complicaciones.

Labores continuadas durante semanas, hasta el instante, cuando le asignaron su verdadero destino en la doma de caballos.

Esta actividad, para él, no tenía secretos, durante muchos años y desde su infancia se había compenetrado con todas las técnicas y diferentes mañas de los brutos; en consecuencia se dedicó con el cariño y disposición de siempre, como estaba acostumbrado a comportarse con los equinos.

Su capataz y su patrono desde el primer momento reconocieron la calidad de su trabajo y la amorosa dedicación al mismo y se preguntaban por cual motivo lo habrán botado de la encomienda donde estaba; no creían que había partido por propia voluntad y consensuada con sus amos.

Esperemos, sus defectos hayan sido superados por el castigo al cual seguramente lo sometieron antes de expulsarlo; pero no se vio golpeado, ni con cicatrices recientes de flagelaciones. Esto daba mucha credibilidad a sus afirmaciones de haberse marchado de su trabajo y predio donde laboraba, por su iniciativa y de común acuerdo con el amo.

De cualquier forma se debe estar atento a su comportamiento y vigilarlo de cerca.

Así pensaban capataz y patrono, conversando sobre su procedencia y su faenar diario, entre admiración y desconfianza.

Luis Daniel continuaba con su labor, desconociendo la suspicacia tenida, sin la existencia de fundamento alguno.

En su niñez, su padre Tirama lo acostumbró y le enseñó el manejo y conducción de esos animales. Alimentarlos, tratarlos con cariño, bañarlos, conocer su edad por los dientes y a clasificarlos por su color, destrezas y capacidad para los diversos entrenamientos y también, sus mañas y cómo combatírselas o eliminarlas.

Aprendió y sabía habituarlos, al arreo y monta de las bestias, y luego a domarlos y convertirlos en dóciles animales, capaces de llevar pesadas cargas o a ser cabalgados y obedecer las órdenes impartidas por sus arrieros y jinetes.

Se había convertido en un buen domador y era el orgullo de Tirama, quien poco a poco le encomendó mayores responsabilidades y la correcta aplicación de las destrezas enseñadas.

A la muerte de Tirama, le correspondió a él seguir en la doma, ganando un prestigio muy merecido.

También recordó en sus conversaciones, cuando Tirama le refería la vivencia de su aldea, de su pueblo, en completa libertad, con sus gustos y valores caribes caraqueños o de sus relaciones con sus antepasados y dioses a través de los rituales e invocaciones espirituales y como esa vida de paz y tranquilidad, fue cambiada definitivamente por la invasión de los barbaros, barbudos españoles.

A sangre y fuego y mediante la espada y la cruz se habían apoderado de los valles, montañas y costas de Caracas.

Los pueblos originarios habían sido exterminados, esclavizados o sometidos en las nada apetecibles encomiendas.

Durante mucho tiempo, después de muchas temporadas de lluvias y sus respectivos lapsos de sequía, habían mantenido una tenaz resistencia, habiendo ganado y expulsado a los invasores españoles en muchas oportunidades.

La guerra permanente y las enfermedades, traídas por los extraños para las cuales no tenían defensas, ocasionaron la desaparición de poblaciones enteras al morir sus habitantes.

Las armas de fuego, de acero, sus tácticas guerreras, el empleo de caballos, perros de presa y de indios traidores, y en especial, una

gran epidemia de viruela, los exterminó a casi todos, poniendo punto final a la lucha de resistencia.

Claro tan solo por ahora, como su padre lo afirmaba, pues en diferentes invocaciones sus antepasados y dioses indígenas, les convocaban a la lucha, a persistir, a continuar buscando la forma de expulsar al invasor, pero en otras ocasiones les vaticinaban a los indígenas una extinción casi total, para después lograr una independencia definitiva, luego de varias generaciones.

V.- LA APACIBLE ALDEA DE CATIA ARRAZADA POR LOS CONQUISTADORES

Aledaña a la laguna Caroata, rodeada de sementeras, con diversos productos agrícolas y con una flotilla de canoas, amarradas en una de las orillas lacustres se situaba la aldea indígena.



Una decena de caneyes, en cuyo interior permanecían colgadas las hamacas y otras pertenencias –la mayoría elementos para la caza, la pesca, la agricultura o la cocina- de sus habitantes.

Cada edificación construida en horcones, sostenían desde el techo hasta el suelo, cientos de palmas amarradas, con una sola entrada y por supuesto salida y un fuego central, siempre encendido.

La tribu estaba dirigida por Catia, quien era el jefe en lo político, religioso y de salud, pues además de cacique era el piache principal de su etnia.

La aldea funcionaba bien, cada cual ocupado de sus labores. Los hombres realizando partidas de caza o pesca y entrenándose para

la defensa de la aldea; las mujeres encargadas de las labores domésticas, los hijos, la agricultura y en varias ocasiones también se entrenaban en la defensa.

Los niños al comenzar a caminar se iban desarrollando y creciendo a sus anchas, jugando en las arboledas o las aguas de la laguna, desde temprana edad eran unos grandes nadadores y su mejor entretenimiento consistía en imitar las labores emprendidas por sus mayores.

La acumulación de riquezas, bien fueran oro, joyas, utensilios, alimentos o cualquier otra cosa no existía, nadie la aplicaba, ni la deseaba. Vivían al día y eso era lo deseado, colaborando los aldeanos entre sí y sin aspiraciones de acumulación alguna.

Incluso la alimentación era un acto comunitario. Cocinaban entre todos y para todos y comían por igual y al mismo tiempo.

Cada vez que surgía una nueva necesidad, como construir otros caneyes, embarcaciones o utensilios era emprendida por todos, en una acción comunitaria.

Solo guardaban algo más, en caso de estar a punto de celebrar alguna festividad.

La religiosidad, bajo la dirección del cacique Catia consistía en rogativas e invocaciones a sus ancestros y dioses al iniciar cualquier labor. Oportunidad donde los aprendices a mohanés también demostraban su fervor y conocimientos.

En los casos de enfermedad Catia y sus alumnos practicaban rituales sanadores. En medio de canticos y rezos -muchos secretos- colocaban emplastos, daban bebedizos para las enfermedades aplicaban vendajes en las heridas, efectuaban sobas y entablillados para llevar huesos dislocados o rotos a su lugar y en casi todos los casos trataban mediante la imposición de manos y las intercepciones de sus dioses y ancestros, de arrojar a los malos espíritus, causantes de esos daños.

Los festejos y celebraciones se realizaban por diversos motivos, como la llegada de las lluvias, las cosechas; posterior a una buena cacería o pesquería o para celebrar alguna amistad y alianza con

otros pueblos e incluso para celebrar el éxito de alguna acción guerrera.

Catia siempre se preocupó y se ocupó por darles a los más jóvenes una preparación militar, para casos de enfrentamientos bélicos, muy escasos, pero posibles y llegados de improviso; siempre debían estar preparados, dispuestos y alertas.

Todo marchó bien, sin mayores preocupaciones, hasta la invasión de los rosados y barbudos españoles, quienes se denominaban a sí mismos blancos

Posterior a varios años de resistencia y hostilidad hacia las fuerzas invasoras, y luego de haberlos expulsado en varias oportunidades, regresaron por miles; hombres blancos con sus armas de fuego y acero, sus escudos y escaupiles, secundados por indígenas flecheros y cargadores de otras etnias. También traían caballos y perros de presa.

No convencieron, pero vencieron. Comenzaron a establecer asentamiento; fundaron en el valle caraqueño en los restos de una aldea indígena, donde durante un tiempo atrás habían establecido el hato de San Francisco, una ciudad bajo el nombre de Santiago de León de Caracas y en el litoral otra denominada Nuestra Señora de Caraballeda.

En prevención de una excursión española, Catia, un año antes de su muerte, decidió trasladar las viviendas y sus habitantes, montaña arriba, entre la selva, a un lugar remoto, de difícil acceso.

La aldea fue mudada desde las orillas de la laguna Caroata hacia las cercanías de la quebrada Tacagua. Hasta allá y en forma sorpresiva, cuando la mayoría de hombres habían salido de pesca y cacería, también llegaron los conquistadores, mataron una gran parte de sus habitantes, capturaron a otras y otros para venderlos como esclavos, se llevaron las prendas y adornos de oro, todo lo de utilidad, para incendiar a continuación las viviendas.

A esos y muchos otros acontecimientos, como el asesinato de la mayoría de caciques indígenas caraqueños, la epidemia de viruela, el repartimiento entre los conquistadores de las tierras, el vasallaje

y maltrato de indígenas; se les sumaba la traída y empleo de negros como esclavos y el desarrollo de un mestizaje, originado por la lascivia europea.

Tales hechos, ya eran cosas del pasado, ocurridas hacía varias décadas atrás, aun cuando, las violaciones de indias y negras, continuaba. Ahora a ellas se les agregaban las mestizas, también muy apetecidas por la lujuria española.

VI.- CARIBE DE CORAZÓN, MESTIZO POR LA REALIDAD

De pequeño se sintió indígena caribe caraqueño, seguramente por las enseñanzas y costumbres de sus padres, pero a medida que creció entendió por la forma como lo trataban, tanto blancos como indios, negros e incluso otros mestizos, el lugar social donde le ubicaban y decían pertenecía.

En la etapa actual les quedaba, a los sobrevivientes y sus descendientes vivir sometidos al vasallaje y la degradación por parte de estos conquistadores, denominados ahora colonizadores, encomenderos o hacendados.



Las flagelaciones, maltratos y ofensas seguíanlas usando los amos y capataces, pero en una proporción menor a las de antes.

La resistencia al trabajo obligatorio y las añoranzas por una vida en libertad, existían tan solo en la actitud de algunos, muy pocos, pero sobre todo en los recuerdos de lo contado por los mayores.

Todos aceptaban sus actividades, los distintos roles eran ejercidos, como cuestión normal.

Luis Daniel, sin embargo tenía una llamita libertaria y solidaria en su corazón y pensamiento, pero cómo ejercer su libertad, si solo se podía sobrevivir laborando para los amos blancos.

- Lo mejor, lo más conveniente para mí es conseguir una vida mejor, mientras tanto, obedeceré y asumiré mis obligaciones laborales de manera constante, y con sumo cuidado, afirmaba Luis Daniel, tratado de acostumbrarse a este tipo de vida.

Amansar potros salvajes era una tarea dura, a la cual debía prestarle atención total, en especial si alguna de las bestias resultaba malamañosa, por tanto, poseía en su actividad una férrea voluntad, para imponerse en los entrenamientos, compartida con un poco de cariño para los animales; esta práctica, muy recomendada por Tirama, le había ayudado mucho en el hato de Don Julio, y debía prestarle ahora en su nueva faena.

Claro no todo era la doma de las bestias, también debía llevarlas al río, a tomar agua, bañarlas y a alimentarse de los pastizales.

Para bien o para mal, su vida nueva en este predio, la consideraba mejor a la tenida anteriormente. Al final de la faenas quedaba muy cansado, tanto como en los predios de Don Julio, pero ahora, además de alojamiento, una muy modesta paga, tenía la promesa de asignarle una parcela, donde podría cultivar un conuco, pero eso normalmente los destinaban en caso de tener pareja.

Él tenía muchas aspiraciones con su nuevo trabajo, sabía que el único camino hacia una vida modesta y tranquila, podía ser aprovechar esa oportunidad, aun cuando sus ansias de libertad y deseos de soberanía permanecían en su mente, en su pensamiento, pero no veía salida alguna, se estaba acostumbrando como la mayoría de indios, negros y mestizos de la hacienda de Don Francisco y los trabajadores de los predios vecinos.

Tal vez no había sido buena la prédica de sus padres acerca de la necesidad de buscar una vida en libertad y autonomía en sus

comunidades indígenas caribes caraqueñas; pero él qué era, una mezcla de blanco con indígena. Una especie solitaria, poco querida por indígenas, blancos o negros, pero cómo iba la cosa, a la larga, los mestizos serán mayoría.

Seguramente ocurriría así, pero él no lo vería, la vida era tan corta y llena de sorpresas y peligros. Debía sobrevivir y bien, a toda costa. Ya había visitado la ciudad española de Santiago de León y conocía algunas casas de los blancos y su sistema de vida, era muy superior. Todas las demás razas estaban a su servicio y control tiránico.

Si él lograba, por un golpe de fortuna ascender en la escala social, no se comportaría igual a sus patrones, sino trataría con respeto y consideración a todos sus empleados. Ese golpe de fortuna significaba riqueza, oro. Le gustaba, pero no mucho, preferiría la vida en colectivo y libertad.

Eso solo era una elucubración, una añoranza, debía continuar con el ritmo de vida en el cual se hallaba, para sobrevivir adecuadamente.

Llevar una vida sin mayores tropiezos, significaba obedecer y cumplir con las órdenes y trabajos encomendados por sus amos y capataces, pero también mantener una relación cordial y de cooperación con las otras personas.

El canario José, mantuvo por meses una vigilancia permanente sobre el empleado Luis Daniel y le informó al patrón Don Francisco del comportamiento idóneo, no solo en su trabajo, sino en las relaciones con los demás y no haber observado malas costumbres en las acciones del mestizo.

La formación impartida por la progenitora de Luis Daniel, su experiencia personal y su carácter afable, amigable eran su mejor arma para las relaciones con todas las personas de la hacienda, donde sobresalía el gran entendimiento para con los niños, con quienes compartía –cuando podía- algún juego o actividad.

Al cabo de varios meses, de ser un trabajador destacado, muy raras veces maltratado, se propuso casarse. Con tal motivo, fijó su

mirada, sobre una adolescente india, con la cual se entendió rápidamente.

Designado una parcela de selva, se dedicó, junto a su pareja y algunos de sus cuñados, en los pocos momentos que les daban a la semana, y una gran cantidad de noches a talarlo y a efectuar un conuco.

Por la parcela, con un rancho de vivienda, construida con su esfuerzo y la ayuda de sus cuñados, debió pagar un arriendo, entregando la mayor parte de su cosecha a sus amos hacendados; todo de acuerdo con las leyes y costumbres del régimen impuesto por las autoridades coloniales y cuyo cumplimiento era exigido y fielmente cumplido por los amos, dueños y señores.

Ya nadie se acordaba, de los indígenas como verdaderos poseedores de esas tierras, ahora eran propiedad de la Corona Española o sus súbditos y sus disposiciones y leyes se imponían.

Claro se imponían las leyes, en cuanto favorecían a los peninsulares y criollos –todos blancos, descendientes los segundos de los primeros- , pero en lo atinente a mejorar las condiciones de vida y relaciones con los indígenas eran echadas aun lado. Se acataban, pero no se cumplían.

Mercedes, su esposa continuó en el trabajo doméstico en la casa principal de la hacienda, a pesar de su embarazo, hasta parir un niño, bautizado bajo el rito cristiano, por obligación y conveniencia con el nombre de Juan.

Antes de cumplir el niño un año volvió a dar a luz Mercedes, trayendo al mundo una hembra, cristianizada, como María.

Ambos gozaron de los cuidados y cariño de sus padres, quienes a pesar de sus dedicaciones al trabajo obligatorio de la hacienda, los alimentaban y criaban con sumo cuidado y atención. Cuestión poco común en esos tiempos.

VII.- AMOS FOLLADORES O MEJOR VIOLADORES

Don Francisco había nacido en la hacienda, ya tenía unos 40 años, estaba casado con Doña Casilda, una madrileña, con quien había celebrado matrimonio por poder, gracias a las gestiones que realizará su abuelo con los padres de la novia.

Venida a Santiago de León conoció e hizo vida matrimonial con su esposo, de acuerdo a su contrato, sin oponerse a nada, ni petición adicional o especial. Al haber atravesado el océano y soportado las incomodidades del viaje estaba convencida de tener que llevar una nueva vida, en compañía de ese extraño, ahora su marido, pero quien la consideró desde un primer momento; no estaban enamorados, pero si convencidos de llevar una vida en común y de la mejor forma posible.

Al poco tiempo de comenzar su nueva vida, salió embarazada, dando a luz un niño, dedicándole buena parte de su atención.

En medio de los problemas normales de crianza y enseñanza, aquella criatura fue creciendo, al igual que sus otros tres hermanos nacidos posteriormente.

La hacienda prosperaba, la dirección de la misma había sido entregada por el padre de Don Francisco, unos años antes de su fallecimiento y el de su madre.

Así poco a poco fue conociendo a fondo el manejo del hato, pero como buen hombre de alcurnia, aunque nacido en la tierra americana, perteneciente a la clase de los blancos criollos, no estaba dispuesto a trabajar, para eso estaban las clases inferiores: los blancos de orilla o canarios; los pardos o mestizos; indios y negros.

De los hechos anteriores, muy raramente se acordaba. Ya habían pasado. Su vida era relativamente cómoda y de manera callada tenía relaciones sexuales, a veces a la fuerza con indias, negras y a veces mestizas. Claro calladamente a escondidas de su esposa, aun cuando toda la gente de la hacienda y de los alrededores lo sabían.

Ya su hijo Pablo, su primogénito comenzaba a tener los cambios propios de la adolescencia. Así se dispuso a iniciarlo en su vida sexual, estimulándole la lúbrica y aconsejándole lo conveniente de hacerlo con sus servidoras.

- Aquí tenéis buenas hembras, indias, negras y mestizas, solo debes tomarlas. Si se oponen, a las fuerza las puedes follar. No olvidéis sois el amo, y todas están para servirte.
- No son para casaros, pero si para darle vida a tu miembro, para el matrimonio, ya tendréis la ocasión, cuando tengáis un poco de más edad, y debéis pensar en buscarte una buena mujer blanca de tu clase.

Con esta sentencia y muchas hormonas en movimiento, el muchacho se propuso, lo que ya venía pensando y deseando, tomar a la india Mercedes, quien por tener marido, seguramente, sería de mayor facilidad.

Pero las cosas no resultaron como lo tenía pensado, en diversas ocasiones, trató de acercársele, insinuársele y proponerle tener relaciones a la indígena, consiguiendo en cada oportunidad solo rechazo.

Ante tal eventualidad, cambió de táctica, y en complicidad con el capataz, el isleño José, le tendieron una encerrona.

Con una cesta llena de ropa recién lavada y ya seca Mercedes desde el río se dirigía a la casa principal, cuando muy sonrientes le salieron a su encuentro el isleño y el adolescente Pablo. A la india, le bastó mirales el rostro insinuante, llenos de lascivia para conocer sus intenciones.

Dejó caer el cesto e intentó correr, cuando una mano poderosa la asió por un brazo, luego por el otro y lanzada a un lado del camino, entre las yerbas.

Entre tanto, Pablo le subía el vestido y se bajaba el calzón, dispuesto a montarla. Ella pataleo, se defendió, les gritó para que la dejaran. Una descarga de puñetazos sobre su cara le hizo el mundo borroso hasta perder el sentido.

Todo lo demás ocurrió de inmediato, una vez que el muchacho aplacó sus instintos, le tocó el turno al capataz isleño.

Terminada la faena, la dejaron allí en el yerbazal, mientras la joven entre llantos y quejidos recobraba su conocimiento.



Ese trato no era raro, desde los inicios de la conquista se realizaba y ahora con el desarrollo de los repartimientos de tierras y la encomienda de indígenas, estaba convertido en una práctica usual y por tanto, ellos lo hacían, no solo siguiendo el consejo del amo, sino como cuestión normal.

Esa noche al volver a su rancho, pensó en informarle a su marido, a Luis Daniel, lo ocurrido, pero, previó el problema que surgiría. Él seguramente intentaría vengar la ofensa y podría salir lesionado o muerto, o si, en el mejor caso, mataba a los ofensores o a uno aunque fuera, sería detenido, torturado y muerto; así luego de esta reflexión prefirió callar y decirle, cuando este observó su cuerpo con varios moretones y su rostro inflamado: “mira que buena arrastrada me dio la abundada de la quebrada. Seguramente llovió en sus cabeceras y por tanto me tomó de sorpresa”.

Preparó con una rama de guayabo, un garrote y comenzó a portarlo en su diario transitar.

Al día siguiente, al regresar a la casa principal, fue tratada con indiferencia, como si nada hubiera ocurrido; otro tanto hizo ella.

Su ama, al observarla le interrogó por las magulladuras y el garrote, a lo cual respondió similarmente a lo dicho a su esposo Luis Daniel, pero agregando que tenía dolores al caminar y el palo que llevaba le servía de apoyo, de bastón.

De todos modos no tuvo o mejor no necesitó utilizarlo, pues sus agresores y violadores nunca se le volvieron a acercaron con los mismos fines o de causarle cualquier otro daño.

A los pocos días le vino la regla, la recibió con mucha alegría, afortunadamente no la habían preñado, el infame acto quedaba sin mayores consecuencias, pero ya nunca más lo permitiría. Primero la muerte a una nueva forzada.

También pensaba y deseaba dejar de vivir en aquel predio, seguramente Luis Daniel, su marido no estaría de acuerdo con ella, pero se lo propuso.

Él le dio un rotundo no como respuesta de inmediato, pero luego, dijo que lo pensaría, recordando que a pesar de su buen trabajo y comportamiento se le miraba con desconfianza.

VIII.- MERCADO EN CARACAS Y PREVISIONES DE CUALQUIER ASALTO

Ese sábado, al terminar su faena escuchó la voz del catire isleño:

- Mañana en la mañana, muy temprano, al despuntar el alba, debéis acompañarme en la carreta, para llevar varios productos a la ciudad, y de regreso traer los implementos que compraré, le ordenó el capataz José.

Después de un largo viaje, llegaron a Santiago de León. La mañana se presentaba esplendida, el sol iluminaba perfectamente las calles, casa y solares de la ciudad, un suave calorcillo sustituía el frío de la madrugada, mientras la luz solar disipaba sus nieblas. Se abría un nuevo día de sol radiante.

Santiago de León había crecido desde su primera visita hecha, hacía mucho tiempo. ¿Cuántos años habían pasado?, ya no se acordaba,

pero en esa ocasión, era tan solo un larguirucho adolescente llevado para acarrear pesados sacos, llenos de implementos para la continuación de la construcción de la casa principal, ya terminada y primorosamente amueblada y adornada, de acuerdo al gusto muy castellano de la dueña.

En ese entonces, Santiago de León era otro, estaba irreconocible, lo notaba, tenía nuevas calles, empedradas las principales y a los lados, las viviendas de los descendientes de los conquistadores.

A pesar de existir varios negocios abiertos en algunas calles; se dirigieron directamente a la plaza mayor. El mercado estaba instalado desde la madrugada. Después de saludar a dos comerciantes quienes los esperaban, bajaron los guacales con los vegetales y los cántaros de leche y el queso.



El canario José envió a Luis Daniel a adquirir una medicina encargada por el patrón y se quedó negociando con el comerciante.

Luis Daniel pasó por entre los vegetales y se encaminó a las ventas de medicinas, para adquirir el encargo del patrón de piedra de curbinata para su mal de orina.

Allí vendían múltiples remedios como Buche de araguato para el asma; uña de danta contra la epilepsia; huesecillos de la cola del cachicamo para el mal de oídos o resina de anime, para untar detrás de las orejas y eliminar el dolor de cabeza y otros productos medicinales.

La algarabía, la bulla y las personas movilizándose de un lugar a otro, momentáneamente lo aturdieron, pero poco a poco, pero con rapidez se fue acostumbrando.

Un grupo de hombres, jóvenes en su mayoría, ofrecían sus servicios, para cualquier actividad, como ayudar a cargar las carretas, mientras niños mestizos en casi su totalidad, harapientos, sucios, mendigaban, mientras otros en improvisados juegos se lanzaban entre sí restos y cascaras de alimentos.



La conversación con el comerciante fue breve, sin mayor contenido, solo la solicitud y características de las herramientas e insumos, la alabanza de los productos alimenticios llevados y el precio a cancelar.

Bajados todos los productos transportados; el espacio recién desalojado de la carreta fue ocupado casi de inmediato, por las herramientas y demás artículos suministrados.

De cuando en vez, pasaban patrullas de soldados, espada en cinto y alabarda al hombro en vigilancia de la actividad y también expectantes de posibles incursiones de los naturales contra el poblado.

Previsión esta última, sin razón alguna, pues ya habían pasado muchos años desde el último intento de asalto a la ciudad por parte de los pueblos originarios.

Habían desaparecido las partidas indígenas con penachos, pintados y portando sus macanas, arcos, flechas y waicas, profiriendo el poderoso y aterrador grito de *¡Ana carina rote auricon ito manto paporotu mantorum!*; *¡Somos gente libre, jamás seremos esclavos!*

Esto era cosa del pasado. Pero de un pasado lejano; las nuevas generaciones nunca habían escuchado ese grito de combate de los indios y solo a través de referencias de sus mayores se habían enterado de tales hechos.

Los jefes indígenas rebeldes habían sido muertos por los conquistadores españoles y sus adláteres. Las poblaciones de los naturales, sometidas o diezmadas por las poderosas armas de fuego y de acero de los invasores y posteriormente por las enfermedades importadas.

Paludismo, peste, lepra, tifoidea, tosferina, sarampión y viruela habían traído los españoles. La fiebre amarilla, biliarzia, anquilostomiasis, oncosercosis y malaria fueron aportadas por los esclavos africanos al ser trasladados al nuevo continente.

La epidemia de viruela, causó mucho daño entre los caribes caraqueños de las diversas aldeas, dejando despoblada a la mayoría, a causa de la muerte de todos sus habitantes, hombres, mujeres, niños y viejos.

Posteriormente, los indígenas sobrevivientes a la enfermedad, fueron sometidos por los españoles, unos remitidos a tierras lejanas, esclavizados y otros, la mayoría repartidos entre los conquistadores, a quienes se le asignaban terrenos e indios para el trabajo en esos predios, originalmente perteneciente a diversas etnias de los aborígenes.

La esclavitud de los indígenas estaba prohibida, desde hacía muchos años por decisión de la Corona Española, tan solo permitiendo el sometimiento de los caníbales a esa condición. En contraposición o mejor para acatar esas disposiciones, los conquistadores calificaban a cualquier indio como caníbal y por tanto todos merecían la esclavitud.

Para el invasor o conquistador español, el territorio caraqueño les pertenecía. Al igual, el resto de las nuevas tierras; ya el Papa, como representante de Dios en la tierra así lo había determinado, encargando al Rey de España y sus autoridades a disponer de él

como lo desearán, incluyendo a sus habitantes, los indígenas, con tan solo con la sagrada misión de cristianizarlos.

IX.- VIRUELA Y CONQUISTADORES DIEZMARON A LOS CARIBES CARQUEÑOS

El calor generado por la fiebre, le hacía sudar intensamente, sentía la piel gruesa estaba llena de manchas, algunas reventaban en pústulas y ardían, la sed le agobiaba, ya no había quien se ocupara de él. Seguramente moriría. Un delirio le sumió en el inconsciente. Una mano llevó una totuma con un brebaje a sus labios. Su boca y garganta tenía vejigas que ardían con gran intensidad al paso del agua y algunos alimentos, casi todos sumamente blandos. Las llaguitas de su cara, boca y en general de todo su cuerpo comenzaban a secarse.



Había pasado varios días en la inconsciencia. El olor a muerto, llegaba a su olfato, había cadáveres por doquier, nadie de los pocos sobrevivientes o convalecientes poseía suficientes fuerzas como para retirar los cuerpos de los fallecidos. Muchas aves de rapiña se dedicaban a la piadosa labor de picotearlos y convertirlos en osamentas y amenazaban a los enfermos acostados en otros chinchorros en convertirlos en sus alimentos.

Poco a poco fue volviendo en sí, la fiebre había desaparecido y estaba mejorando, las lesiones de la viruela le quedarían de por vida, pero sobreviviría. Volvió a dormirse.

Ya un poco más recuperado, pero aún muy débil observó el horror, la desidia a su alrededor.

Con otros sobrevivientes a la epidemia, acarreo leña, y con mucho esfuerzo trasladaron los cadáveres y osamentas, a la par con en un canto continuo, invocaban a sus ancestros y dioses caribes, para que les dieran buena acogida en ese otro mundo.

Con mucho cariño y emoción relataba Tirama, el regreso de la comisión de indígenas guaiqueríes enviados meses atrás, a una misión comercial a la isla de Granada.

Ellos no habían padecido de viruela y al llegar y encontrarlos en ese estado de abandono y debilidad, habíanse, dedicado a atenderlos y logrado la recuperación de los convalecientes.

Esas angustias y males su padre Tirama, las padeció en el Guaraira Repano, cuando a Loma Alta se había retirado a vivir y luchar junto a sus hermanos caribes guaiqueríes del cacique Guaimacuare.

Su aldea en las cercanías de la quebrada Tacagua había sido incendiada, asesinados o esclavizados los vecinos por los invasores españoles.

En la aldea también se encontraba su esposa, quien luego de ser violadas en múltiples ocasiones, fue asesinada junto a su hijo.

Ellos, se encontraban en la selva, fuera de la aldea. Por esa razón se salvaron; con gran tribulación y encontrándose solo un grupo pequeño, decidieron abandonar la zona ante la inminente posibilidad del regreso de los conquistadores y la seguridad de ser avasallados por sus tropas.

Con optimismo en medio de la tragedia, emprendieron un camino, en medio de dificultades, escases, nuevamente los atacaron los invasores.

Debían obtener ayuda, debían y querían vengarse, continuar en la lucha y con estas ideas fueron a reunirse con los guaiqueríes del litoral, quienes también huyendo de los conquistadores españoles habían establecido una aldea en la montaña.

Posteriormente, en una noche, ya plenamente recuperados de la viruela, cuando la luna iluminaba la montaña y dejaba colarse la luz

entre los árboles, mientras dormían a pierna suelta en sus hamacas, fueron sorprendidos, atacados y tomados prisioneros por los blancos. Totalmente desprevenidos e indemnes los habían agarrado.

Llevados a Santiago de León, dispusieron de unos como esclavos y otros, entre ellos Tirama asignados en encomiendas a diferentes predios, cuyos dueños y amos eran españoles. Los indígenas, sobrevivientes a la pandemia, en cambio, los viajeros llegados de la isla de Granada, en mejores condiciones físicas y sin cicatrices de viruela fueron conducidos al mercado de esclavos.

Ahora, al ser dotados de tierras y fuerza humana para la faena, los exsoldados conquistadores, estaban convertidos en colonos, encomenderos o hacendados.

Tirama, por elemental lógica, no podía ser vendido como esclavo, por estar lisiado con una pierna maltrecha y desviada, luego de ser herido por una bala de mosquete disparada por un soldado español.

Incluso, en los momentos de seleccionar las encomiendas, se dudó de su posibilidad de asignarlo.

Nadie lo querría, así pues se lo asignaron a Doña Luisa, una viuda encargada de una hacienda, de quien dudaban de su capacidad para llevar la encomienda de su marido, recién muerto; al final, lo entregaron junto a otros indígenas a la encomienda de la dama.

En dicha encomienda Tirama se esforzó en sobremanera, pensaba y sabía, que debía dar la talla y más. Trabajó con ahínco y se destacó en las labores asignadas, hasta ser destinado, a la doma, donde aprendió la labor y se hizo un excelente domador de potros. Allí, en la encomienda de Doña Luisa, en una ocasión se escapó por varios días, en compañía de otros indios y negros, pero fueron recapturados, castigados bárbaramente y vueltos al trabajo del hato.

Un tiempo después, Tirama se unió con la madre de Luis Daniel y encariñado con la criatura, la consideró y trató como hijo propio.

X.- RETORNO AL HATO Y ENCUENTRO CON EL VIEJO INDÍGENA TEQUE

Terminada la transacción y cargado el carromato, emprendieron el retorno a la hacienda.

El vehículo avanzaba lentamente, la bestia agobiada por el calor, pero en especial por el peso del arrastre, caminaba parsimoniosamente.

El capataz José sintiendo la lentitud, con el látigo en la mano trató de hacer avanzar el animal a mayor velocidad, sin lograr su cometido. Entonces Luis Daniel le recomendó no seguir castigándolo, pues lo agotaría innecesariamente, era preferible seguir el ritmo llevado o bajarse por turnos.

Por supuesto que el capataz prefirió seguir en el lento avance a tener que viajar a pie por trechos. De esta manera continuaron su retorno al hato.

Por el camino, tropezaron con un indígena anciano. Les saludo de muy buena manera y les solicitó trabajo. A Luis Daniel, el rostro lleno de arrugas, pero algo más en él, le recordó a su padre, intercedió ante su jefe para llevarlo a la hacienda, llegando a ofrecer su rancho como alojamiento para el viejo.

En última instancia y viendo la disposición e intervención del domador de potros, dijo que si él –Luis Daniel-, le ofrecía alojamiento, no se oponía, pero lo del trabajo debía decidirlo Don Francisco.

Luis Daniel bajó del carruaje, le ofreció el puesto al viejo y continuó a pie junto al mismo.

Caía la tarde, bandadas de aves, pájaros en su mayoría revoloteaban entre los árboles, buscando sus nidos y sitios para pasar la noche que ya se insinuaba.

Haciendo una necesidad fisiológica el capataz José vio entre las breñas un venado y pensó en su posible cacería, pero tan solo cargaba un machete y estaba ocupado o mejor desocupándose; entre tanto, Luis Daniel bajaba unos catuches de una mata a la cual

se había subido, labor interrumpida con un “vamos” de su jefe, quien subiéndose los calzones le ordenaba.



El viejo indio, dormitaba, Luis Daniel lo despertó y le ofreció de la guanábana recién cogida de la mata.

Con un no muy madura, pero está muy buena, comenzó un diálogo entre el indígena y el mestizo.

Era originario de la etnia de Los Teques, pero siendo niño, fue capturado, junto a otros indígenas y remitido a una encomienda, donde había pasado la mayor parte de su vida trabajando, como todos los naturales.

A diversos trabajos le destinaron, desde cultivar la tierra, labores de cría de reses, ordeño y finalmente en la ocasión de labores de construcción, la carpintería se había convertido en su pasión y durante años la había practicado.

Estaba viejo, tenía bríos y fuerza para laborar, pero por la edad y antes de que se convirtiera en una carga, lo echaron.

Su mujer estaba muerta y sus dos hijos los vendió el amo en plena etapa de la pubertad. Hacía ya mucho tiempo, Jamás los volvió a ver o a saber de ellos.

Ahora libre había pensado regresar a las montañas donde había nacido, pero todos, trataban de hacerlo desistir, era una locura; la aldea donde vivió y otras, quizá todas habían desaparecido, unas a causa de las incursiones conquistadoras y otras por la pandemia de viruela, ocurrida por allá, por 1580.

Después de deambular por varios lugares, incluso visitado la llamada ciudad de Santiago de León, por los españoles, trató de conseguir un empleo, aun cuando su deseo de dirigirse en cuanto pudiera a su terruño le carcomía las entrañas.

Por su parte, Luis Daniel, contó acerca de su vida en la otra hacienda y su decisión de buscar trabajo, el cual le apareció, prácticamente sin proponérselo y elogió su vida familiar, con su mujer y sus dos niños. Sin embargo no le comentó nada acerca de la impresión causada por el parecido con su padre.

De la plática, José, mientras comía catuche, tan solo oyó, sin pronunciar palabra alguna, tan siquiera una sola vez. Nada de lo conversado le causo impresión o molestia como para hacerlo intervenir; sin embargo, cuando estaban llegando, lo pregonó en voz alta, dándole fin a la conversa.

En la hacienda dirigieron la carreta hacia el depósito, y llamando a dos trabajadores, procedió José a ordenarles la bajada de los implementos e insumos.

Momento aprovechado por Luis Daniel; se despidió de su capataz y en compañía del viejo indio se dirigió a su rancho.

XI.- EXCELENTE CARPINTERO

El canto de los gallos y las primeras luces del alba, como de costumbre despertaron a todos en el hato.

Luis Daniel, llevó al viejo a la doma, para enseñarle su lugar de faena.

El anciano, quien respondía al nombre muy cristiano de Jesús lo acompañó sin hacer observación alguna, pensaba, como quedaría su posibilidad de conseguir trabajo en la hacienda.

A media mañana, Don Francisco, guiado por el canario José se acercó a la doma. Observó con detenimiento la faena del joven domador y luego, sin mayores protocolos le preguntó al viejo indio que sabía hacer.

- Soy carpintero. Buena parte de los muebles de la casa de mi antiguo amo fueron fabricados por mí.
- Incluso el maderamen de la vivienda, columnas, puertas y ventanas las fabiqué, Claro estaba más joven y tenía mayores fuerzas, pero aun soy muy aplicado en todo lo referente a la madera. En especial si tengo alguno o algunos ayudantes.

Don Francisco pensando observó que el carpintero ya tenía alojamiento y podría ser muy útil en las labores con la madera. Claro si era verdad lo afirmado por el anciano, Lo probaría, nada perdía en el intento, y a lo mejor, podría adquirir un buen o hasta un excelente carpintero.

- Os contrato a prueba, ya tienes residencia y a partir de mañana comienzas. Tu jefe es el canario, obedécele, trabaja bien y no serás merecedor de castigos, ni de irte.

El carpintero Jesús se mostró muy dispuesto a cumplir con toda labor encomendada, le agradeció a su amo y también al capataz canario y en su alma quedó un hondo agradecimiento hacia Luis Daniel. Le había dado acogida en su hogar y gracias a su bondad y ayuda, ya tenía trabajo.

Trató de ayudar a Luis Daniel en la doma, pero este se lo impidió y más bien lo remitió a darle una vuelta a su conuco.

Al sentirse nuevamente útil, silbando, rápidamente se dirigió al pequeño lote de terreno, donde Luis Daniel y su mujer, en algunos momentos libres y nocturnamente, lo cultivaban.

Esa noche, a la luz del fogón comieron como siempre con mucho apetito, mientras comentaban las incidencias y buenas nuevas del día.

Mercedes, mientras atendía a sus hijos, escuchó con atención los comentarios de los dos hombres. Les sirvió la comida en hojas de bijao y se sirvió la de ella. Los niños a pesar de haber tomado leche de sus pechos, también participaron del modesto condumio.

Al otro día, nuevamente, todos se levantaron con la aparición de las primeras luces y de inmediato salieron. Luis Daniel a la doma y el viejo en búsqueda del canario José.

José le llevó a un depósito donde se encontraban unos serruchos y otros implementos y le dio la misión de organizar un tallercito de carpintería y la elaboración de unas puertas.

Durante horas, Jesús acomodó lo mejor que pudo las herramientas y pensó en la necesidad de fabricar algunas mesas para el propio taller.

Para cumplir con la misión encomendada debía tener madera a su disposición, la cual no vio por lado alguno; así con la colaboración de un muchacho indígena, asignado como ayudante y aprendiz, se dispuso a talar algún árbol para obtener la madera necesaria para la fabricación de las puertas encargadas y las mesas necesarias para la carpintería.

El trabajo les tomaría varios días, quizá semanas, pero lo importante era tenerlo, y para conservarlo debía ser diligente y presentar trabajos de buena calidad o mejor excelentes. Así, puso, mejor pusieron manos a la obra.

Tumbar, quitar algunas ramas menores, aprovechar otras y luego pelarlas y trasladarlos les ocupó la semana. Ahora faltaba aserrarlas, convertirlas en tablones y después secarlas durante el tiempo necesario, sin asolearlas, de hacerlo, se torcerían y evitando la humedad y las lluvias, para eliminar la posibilidad de perder el secado.



Así cubrieron las tablas con hojas de palmera para evitar cualquiera de esos daños.

Tanto el capataz como su patrón entendieron la inversión del tiempo, y sin apurarlos demasiado, les encargaron otras tareas, mientras se secaban las tablas.

Durante los días faenados para obtener las maderas, el capataz José se percató de las capacidades del viejo indígena como maestro carpintero, no solo por la forma como emprendió sus labores, sino también, por lo adecuado como usaba y enseñaba al joven ayudante.

De su labor sobresalió, la fabricación de útiles para sus labores, como la construcción de una máquina de aserrado, valiéndose de una rueda dentada, una mesa, un juego de poleas y otros elementos para construir una poderosa sierra de mesa, accionada con pedales.

Si el muchacho continúa aprendiendo y el viejo enseñándole, en un tiempo prudencial, se convertirá en un auténtico carpintero, pero ya veremos...No debo aflojar a ninguno de los dos.

Las labores agrícolas asignadas, significaron, cortar el pasto, amarrarlo en paquetes para alimentar sobre todo, a las vacas lecheras, para nutrirlas sin necesidad de sacarlas a los pastizales, de esta manera, al permanecer más quietas podrían producir más leche.

Ciertamente, el viejo indígena, y su joven ayudante trabajaron en esta labor con denuedo, pero con un rendimiento menor al de los indígenas veteranos

Pasadas otras semanas, y luego de haberles dado algunas vueltas a los tablones, el carpintero consideró ya adecuado el secado y con el permiso y la autorización de su capataz, volvió a su labor.

Así, al cabo de un tiempo prudencial, bien empleado, fabricaron las puertas y las llevaron a colocar.

XII.- EN POSESIÓN DEL PLANO DEL TESORO DE GUAICAIPURO

Los días se transformaron en semanas y luego en meses, tras la fabricación y colocación de las puertas, le siguieron nuevos encargos, ventanas, muebles: sillas y mesas, escaparates, marcos para espejos y cuadros para la casa principal.

Pero, para contribuir con el hogar, donde le habían ofrecido alojamiento sin siquiera solicitarlo, el indígena tequeño fabricó varios muebles.

Mesas y alacena para la cocina; mesas y sillas para un comedor –de poca utilidad-; marcos para un espejo y un armario con gavetas para guardar cosas.

Durante dos años sus actividades y rendimiento produjeron abundantes implementos y mobiliario, para la satisfacción de Don Francisco.

Las labores del carpintero, sus enseñanzas impartidas al joven ayudante, pronto convirtieron el aprendiz en un buen artesano de la madera.

El viejo carpintero indígena Jesús debió confiar cada día más en su ayudante; sus fuerzas venían menguando, pero se esforzaba continuamente para no ser notado.

El joven también se esforzaba, no solo en aprender, sino del mismo modo, realizar las tareas más pesadas y laboriosas, sabía, veía y notaba como disminuían seguidamente las habilidades de su maestro y en consecuencia se esmeraba en ayudarlo en todo lo que podía y sabía, amén de cumplir lo mejor posible sus instrucciones. La visión del anciano mermaba lentamente, pero repentinamente se agudizó su déficit visual y su salud general entró en crisis.

Siempre, desde su llegada a la hacienda, se defendió muy bien en su actividad, pero además contó con el apoyo de Luis Daniel y su esposa, ante cualquier necesidad. Solidaridad puesta en práctica de inmediato ahora al estar enfermo.

Bebedizos, rezos e imposición de manos fueron empleados, pero para la enfermedad padecida por el carpintero, definida como

males propios de la edad, sabían los escasos resultados de la medicina aplicada, pero de todos modos, intentaban además de curarlo, aliviarle sus sufrimientos.



Para el mal padecido, para esa enfermedad, solo la muerte la curaba definitivamente. Ellos lo sabían, aun cuando no la deseaban, especialmente el anciano, quien al sentirla acercársele dijo:

- Luis Daniel, muchas cosas has hecho por mí y con desinterés, solo con la sana intención de ayudarme, más que un mestizo pareces un hermano, un hijo, un indígena solidario integrante de mi tribu.
- Esa actitud solidaria, me la enseñaron mis padres. En especial mi mamá, una india caracas; tal vez a sus enseñanzas debes agradecerlo y también al parecido físico y espiritual que tienes con mi padre, quien no era mi papá biológico, pero al ser pareja de mamá, me tomó gran cariño y me formó en la solidaridad, el amor a la libertad y también en el trabajo, le respondió el mestizo.

La fiebre, el dolor en el pecho le afectaban mucho, pero sobremanera le molestaba la toz constante.

El viejo indígena carpintero, con voz trémula y la visión nublada en mayor proporción, decreciendo con velocidad, siguió adelante con la plática:

- Quiero darte mi secreto, el tesoro de Guaicaipuro, tal vez, te sea de mucha utilidad o quizás no. Pero trata de usarlo con sumo cuidado y prudencia.

- Era un niño aún, cuando observé al gran cacique Guaicaipuro y otros guerreros enterrar el oro quitado a los españoles, guardado codiciosamente por ellos.
- Si llegas a usarlo, recuerda siempre su origen, no es producto de un robo a los españoles, es fruto de la explotación de nuestra gente y de los negros, en consecuencia nos pertenece.
- En la toma y despoblación de las minas de nuestra Señora de Los Teques, después de arrasarlas, efectuaron una revisión minuciosa consiguiendo una importante cantidad.
- Quiero informarte del lugar donde está enterrado, y darte este dibujo con su ubicación exacta.

De una pequeña bolsa adherida a su cuerpo, el carpintero extrajo un pedazo de cuero con un mapa y se lo entregó a Luis Daniel.

Cerró los ojos el viejo y se dispuso a dormir. Luis Daniel no le pregunto nada y lo dejó descansar.

XIII.- GUAICAIPURO: SIN ORO LOS INVASORES SON NADA

Guaicaipuro en compañía de su esposa Urquí y varios combatientes, en el camino de regreso del asalto y despoblación de las minas de Nuestra Señora de Los Teques, se detuvo, junto a una enorme piedra blanca e indicó a sus compañeros cavar para enterrar el oro conseguido en la mina.

Los españoles localizaron veneros del dorado metal en los terrenos donde tenían su asiento los indios Teques y para en ese lugar implementaron una mina para su explotación.

Trajeron indígenas y negros para laborar en los socavones, pero no contentos con ello, optaron por efectuar excursiones punitivas contra las aldeas de los Teques.

En una primera instancia y por mantener sus hábitos consuetudinarios, muchos indios e indias fueron fácilmente secuestrados y conducidos a las minas.

Ante estos hechos, los indígenas al percatarse de las cercanías de los soldados blancos, optaban por refugiarse en la selva, pero su jefe, Guaicaipuro organizó grupos de defensa y ataque para oponerse a estos abusos.

Los aldeanos, comandados por su cacique Guaicaipuro resistieron y trataron de despoblar las minas, cuestión lograda luego de múltiples combates.

Nuevamente, ocupados los territorios, los conquistadores, impusieron su mayor poder de fuego y reabrieron la mina.

Guaicaipuro y los indígenas tequeños, aceptaron una relativa paz y se sometieron a los designios de los conquistadores.



Paz y sometimiento que duró de una estación seca a otra.

El ataque había sido planificado previamente, aprovechando la salida del jefe español, Juan Rodríguez Suárez con la mayor cantidad de tropas, armamentos e indios de servicio, para una penetración en territorio de otras etnias.

Durante ese tiempo, los indígenas tequeños simulaban aceptar las imposiciones y abusos de los barbaros, barbudos y mal olientes españoles.

Así al considerar, un absoluto y definitivo sometimiento de los indígenas Teques y la esclavitud de casi un centenar en la extracción de oro de la mina, Juan Rodríguez Suárez lo dio como un hecho establecido y frente a su natural espíritu aventurero, decidió hacer un recorrido exploratorio.

Deseaba, necesitaba, quería, buscaba indígenas para venderlos como esclavos y con tal fin emprendió su marcha por las márgenes

del río Tácata, habitado por los pueblos quiiriquires, para a continuación hacer una penetración en la nación Mariche.

Guaicaipuro vio en esta salida de la mayor parte de las tropas conquistadoras, una buena oportunidad para asaltar y acabar con las minas, cuestión organizada y dispuesta a ser desarrollada, unos días después.

Pero antes de la partida hacia las minas, como era su costumbre y la de todos los indígenas caribes, invocaron a sus dioses y antepasados solicitando su intercepción para la tarea a emprender.

Con unos quinientos combatientes tequeños e insurreccionando a los indígenas esclavizados, luego de varias horas de combate, tomaron las minas, pasaron por las armas a sus ocupantes.

A continuación, mediante un registro minucioso, hallaron una caja fuerte, contentiva de oro extraído por los mineros, y una buena cantidad de ornamentos indígenas del mismo material, despojado por los españoles a los naturales.

Todo lo encontrado dentro del arcón fue echado en bolsas de cuero y llevado por los asaltantes.

Lo demás fue destruido e incendiado, la vivienda de los jefes, los dormitorios de los soldados, la prisión- ranchería de indios y negros esclavos- y los instrumentos usados para la explotación minera.



El oro es el verdadero Dios de los invasores

- Por esto, señalando el oro, los invasores atropellan, esclavizan y matan. Este es el verdadero Dios de los cristianos.

- Enterrémoslos aquí. Así, en esta fosa, sepultamos parte de sus dioses y ambiciones. Nunca sabrán de este hecho. Hemos acabado con su mina, sus implementos de trabajo e incluso con los mineros.
- Ya se lo pensarán si pretenden regresar. Espero nunca lo hagan, pero si lo hacen, los volveremos a combatir y liquidar.
- En consecuencia, les pido mantener estos hechos en secreto. Sin comentarlos con nadie. Olvídense de haber participado en el enteramiento del oro y con eso, las ambiciones de los conquistadores.

Guaicaipuro les habló a sus combatientes de esta manera, en el momento cuando abrían un hueco suficiente hondo y ancho para colocar el tesoro.

Depositados los bolsos en la excavación, la volvieron a cubrir con tierra, para finalmente completar la labor al colocar mucha hojarasca encima.

Subido a un árbol, el niño Jesús, quien en esa época era llamado Arapa, un poco cansado, pero contento por ser partícipe de ese secreto y sin hacer bulla para no revelar su presencia, vio y escuchó con detenimiento y la natural curiosidad infantil, lo ocurrido y los diálogos de estos, sus mayores.

De eso ya habían pasado muchos años, mataron a Guaicaipuro, los conquistadores hicieron muchas penetraciones y asaltos a las aldeas tequeñas, pero aun faltando su principal jefe, los indígenas siguieron resistiendo.

Entonces trajeron, seguramente sin quererlo, la viruela, En una primera etapa la padecieron los propios españoles y negros, pero de inmediato afectó por igual a los indígenas traídos de otras regiones, como a los nativos tequeños.

La epidemia de viruela acabo con casi todos; los habitantes de las aldeas murieron por miles. Oraciones, invocaciones, intercepciones de los dioses y ancestros, al igual que los múltiples tratamientos con pócimas, bebedizos, ungüentos y muchas hierbas

aplicadas por los mohanes resultaron infructuosos y hasta los monos de la región se extinguieron, a causa de la terrible epidemia.

De los pocos sobrevivientes a la enfermedad, unos huyeron hacia los llanos y otros cayeron en manos de los conquistadores.

Él integró este último grupo, fue asignado a una encomienda, lo cristianizaron, le colocaron otro nombre y aprendió a hablar el lenguaje de los vencedores, el castellano.

XIV.- RICO, LIBRE, POBRE Y ENCOMENDADO NUEVAMENTE

Los paquetes estaban debidamente envueltos y amarrados. Todos contenían oro, sacó uno, estaba en polvo. En su talego vacío, colocó una generosa porción del polvo.

Dejó todos los bultos en el agujero, los tapó con la tierra removida y disimuló la excavación echando gran cantidad de hojarasca., tal como lo observó hacer a los combatientes de Los Teques en aquella oportunidad.

Capcioso, pero contento regresó nuevamente a la hacienda donde estaba encomendado.

Jesús había invertido en su excursión tan solo un par de horas. Seguramente lo estarían buscando, si notaron su ausencia.

Ya estaba de regreso y cualquier excusa sería buena y el posible castigo a recibir, bien valdría la pena. Nada ocurrió.

Siguió en sus labores y pensó qué hacer con el tesoro hallado.

Sin solicitar mayores explicaciones, su patrono, recibió algo del oro y a cambio, lo liberó de su permanencia en la encomienda.

Con su talego lleno de algunos objetos domésticos, ropa y su hamaca, el joven Jesús, acompañado de su mujer y los dos niños llevando otro saco con alimentos, salió del hato.

Se dirigió con su familia hacia donde había nacido. Seguía despoblado, entonces, decidió regresar, Halló un lugar que le gustó

y se apacentó. Lo demás fue desforestar, hacer una vivienda y un conuco.

La comida llevada, al cabo de varios días se le acabó, pero ya desde antes había desenterrado raíces y con la cacería de varios conejos, sumamente abundantes en la zona se mantuvo y mantuvo a su familia.

Después de varios meses de labor terminó una churuata cónica, aun cuando pequeña, cómoda y también una sementera, ahora en floración. Veía convertida en realidad, parte de sus esperanzas. Pero el gusanito de la ambición, le carcomía las entrañas. Debía hacer más y podía. Para eso tenía oro.

Su patrón consideraba ese lugar como parte de su hacienda. Al enterarse de la instalación del conuco, del indio y su familia, no hizo oposición, pero le mandó a cobrar su parte de la producción.

Con mucho dolor, pero sabedor como eran las cosas desde hacía un tiempo largo, cuando los españoles se habían apoderado de tierras e indígenas y ahora eran los dueños y amos absolutos, respondió afirmativamente y para cuando se den los frutos. Como pueden ver hasta ahora solo están en floración.

Después de pensarlo y vista la necesidad de alimentos e implementos, y con grandes esperanzas, salió de su terreno para adquirir algunas cosas.

En la tienda, tan solo al verlo entrar y preguntarle, cuáles productos deseaba, le pidieron la información de cómo y con qué iba a pagar.

Con mucha calma, pero bien seguro, le mostró al tendero canario, la bolsa con oro en polvo.

Distraído por las compras, y mientras le atendían, llegó el comisario acompañado por un soldado de espada en mano para hacerlo preso. Era muy raro que un indio llevara oro y en una cantidad sospechosa.

El tendero lo había denunciado. No debió alardear con la posesión de esa cantidad.

Lo llevaron detenido, lo interrogaron y le torturaron por su procedencia ¿cómo lo había obtenido?, ¿de dónde lo había sacado?, ¿algunos indios la poseían desde tiempo atrás?, o lo había robado. Y ¿dónde ocultaba el resto?, Seguro, habría más.

Aguanto por varios días las golpizas, pero cuando se dispusieron a sacarle las uñas declaró haberla robado a su patrón.



Llamado el encomendero para preguntarle por la pérdida y al mirar el oro en polvo, solo dijo sí.

Sospecha nunca concretada, pero por la cual se le castigó y después fue echado de la hacienda. Consideraba ese hecho como algo del pasado. No pedía castigo para el indígena, se conformaba con la entrega del oro, argumentó.

El comisario en un arrebato de bondad, tan solo lo condenó a recibir 20 latigazos.

Cumplida la pena, Jesús regresó a su hogar, maldiciendo su mala suerte, aun cuando del todo no había salido mal parado. Podía haber sido peor.

Varios emplastos preparó su esposa y le untó en todo el cuerpo, el cual estaba lleno de magulladuras y cardenales, además de los verdugones producidos por la flagelación.

Emplear nuevamente el oro, le pareció sumamente inconveniente, ya lo había probado o mejor sufrido.

Al poco tiempo, una comisión encabezada por quien había sido su capataz, le vino o mejor los vino a buscar, para llevarlos de regreso a la encomienda. No opuso resistencia, sería un mal mayor. Se dejó conducir.

En la encomienda le asignaron su mismo trabajo de carpintero, pero su rancho no existía, debió dedicarse a construir otro; claro cuando no estaba laborando para su patrón.

El tiempo pasaba, sus hijos crecían, todo marchaba. No como lo deseaba, pero marchaba. Estaban muy restringidos, pero vivían en familia.

Un día cualquiera, los niños, a quienes comenzaba a cambiarles la voz, fueron llamados y llevados a presencia de su patrón. Fue la última vez, cuando los vieron.

Posteriormente les llegó la información de haber sido vendidos a un señor venido de La Borburata.

La esclavitud y venta como esclavos de los indígenas estaba prohibida, solo se podían comerciar los negros. Las leyes de Indias lo establecían, pero la península ibérica estaba muy lejos, al otro lado del océano. Sus órdenes y disposiciones se respetaban, sin embargo era normal incumplirlas.

Por supuesto los aborígenes desconocían estas disposiciones, pero aun cuando supieran de ellas, no les harían caso, exigencia para la cual tampoco tenía fuerza.

La noticia los entristeció en demasía, pero ni él, ni su mujer podían remediarlo, lo mejor era aceptarlo y seguir adelante con la vida.

En diversas ocasiones pensó en cómo utilizar el oro, pero recordando el castigo infringido y las vicisitudes acaecidas a consecuencia del mismo, se abstuvo.

Ya viejo, con su esposa fallecida y antes del comienzo de los achaques propios de la edad, fue execrado de la encomienda.

Partió sin rumbo preciso. Luego se dirigió a Santiago de León, en cuyo camino hizo contacto con Luis Daniel y el capataz isleño.

Luis Daniel le agradeció la confianza depositada y le dijo que compartiría lo hallado. Claro con máximo cuidado.

Ya él había aprendido la lección dada al carpintero en su tiempo. Jesús no dijo nada, dormía.

XV.- EN POSESIÓN DEL PLANO DEL TESORO Y UN POTRILLO. FALLECIMIENTO DEL VIEJO TEQUE

Luis Daniel, conocedor de secreto revelado, sobre el tesoro de Guaicaipuro y en posesión del plano, entregado por el anciano, pensó en cómo librarse de su estadía en la hacienda, donde ya llevaba varios años, y a pesar de todo estaba acostumbrado, y su trabajo de domador entrenador de potros le encantaba.

Así como había llegado, podría irse, él no era esclavo, ni indio bajo régimen de encomienda, pero hacia donde, debía llevar a su familia, no era el mayor inconveniente, pero qué hacer con el indígena carpintero. Sus fuerzas habían mermado y estaba enfermo, sería una carga difícil de asumir.

Debería esperar por su recuperación total, lo cual parecía muy optimista, pues por su ancianidad, seguramente otra sería su suerte. En caso de ocurrir cualquiera de las dos alternativas, aguardaría. Eso haría y prepararía a su familia, para una salida del ható en cualquier momento.

Su mujer le preguntó por qué tan de prisa había cambiado de parecer y deseaba mudarse. Pero no obtuvo respuesta.

Del dinero ganado en su trabajo, tan solo una pequeña cantidad le quedaba, pero él suponía le ayudaría a sobrellevar la vida, durante algún tiempo, quizás meses.

La posibilidad de hacerse con el oro le tentaba, pero no demasiado. Siempre había vivido sin su ayuda, y ahora, cuando lo obtendría no era un gran aliciente. Debería hallarlo primero y luego ingeniárselas para emplearlo, sin levantar ambiciones o sospechas en los españoles, quienes lo codiciaban y estaban dispuestos a todo por él.

En esas cavilaciones estaba, cuando lo llamaron para que tratara de establecer el mal padecido por una yegua preñada, muy próxima a parir.

Luego de examinarla entendió, se trataba de un parto múltiple, muy poco frecuente entre los equinos. Siempre en estos casos se

ayudaba a nacer y a desarrollarse a uno solo, desechándose a los otros, de menor tamaño y posibilidades de proseguir con vida. En efecto, el parto de la yegua se produjo, eran dos potrillos. El de mayor tamaño y mejor aspecto fue escogido para sobrevivir por parte del capataz José, quien seguía las instrucciones de su patrón, el hacendado Don Francisco.



Ambas criaturas estaban vivas, aunque una pesaba poco, estaba débil y se veía feúcha.

Luis Daniel solicitó quedarse con ese potrillo, él se encargaría del mismo.

- Creo que podéis hacerlo. El patrón ya dio la orden de deshacerse de él, en consecuencia no se opondrá; es causa perdida, pero bueno podéis quedártelo, siempre y cuando no descuidéis tus obligaciones.

Con sumo cuidado, lo condujo a su hogar, pero antes pasó por el corral de ordeño, le contó y le enseñó a la india María Concepción el potrillo y le solicitó le facilitara algo de leche para alimentarlo. Ella estuvo de acuerdo, le dejaría todas las mañanas en el bolso de cuero que le trajo Luis Daniel, una porción.

Alimentado con un biberón improvisado con mamila de cuero, el potrillo pasó sus primeros días sin perspectivas de sobrevivir, pero por la continua alimentación y los cuidados de la señora de Luis Daniel y de él, logró superar esta difícil etapa. Seguía estando muy débil, pero crecía y se desarrollaba.

Al cabo de varias semanas, ya en franca recuperación se veía al potrillo.

Pronto comenzaría a comer pasto y no necesitaría exponerse él, ni a María Concepción por la desviación de la leche. Claro era muy

poca y por tanto poco o nada se notaba, pero siempre existía el riesgo.

A pesar de la nueva responsabilidad con el potrillo, con sus hijos, su marido y con las labores realizadas en la casa de sus amos, Mercedes continuó atendiendo al enfermo, quien al primer síntoma de mejoría regresó a su trabajo. Intentó volver al ritmo anterior, pero solo pudo actuar como maestro de su joven ayudante.

El mundo no era como antes, se había puesto borroso, pero realmente, seguía sucediendo lo mismo de todos los días, amanecía, salía el sol, los pájaros volaban y trinaban; llovía con frecuencia, contemplaba el panorama, pero cada vez estaba más emborronados, algo pasaba en sus ojos.

La edad le comenzaba a pesar, era la peor enfermedad de la cual nadie se salvaba, y el anciano Jesús lo sabía y entendía muy bien. Seguramente, ahora le echarían del trabajo, pero tal vez por la buena voluntad de Luis Daniel y su mujer, podría quedarse en la hacienda. ¿Quién sabe? Ojala lo dejaran. Y eso fue lo que pasó. Le despidieron de su empleo, pero sus amigos, Luis Daniel y Mercedes lo siguieron albergando y atendiendo.

Un día cualquiera con fiebre y mareos, vio al gran Guaicaipuro y a María Lionza, juntos a su hamaca, cuando le dijo vamos y la diosa le ofreció su mano. Todo se oscureció para siempre.

Lamentando la muerte de su amigo, el viejo carpintero, Luis Daniel volvió a pensar en retirarse de la hacienda e ir en busca de su tesoro, cuyo plano de ubicación poseía.

XVI.- SALIDA DEL HATO. TESORO EN MANO. MESTIZO, MEJOR SERÍA BLANCO

Conversó con su jefe, el capataz José, quien trató de convencerle a permanecer en el predio, pero ante la insistencia y vista la decisión del mestizo domador, lo llevó ante su patrono.

La lluvia irrigó los pastizales, los hizo crecer. Las aves lo sintieron su habit natural y anidaron palomas torcazas o monjitas, lechuzas, pájaros de diversas especies, pero como potrero de un hato, pronto llevaron a pacer ganado para alimentarlo con el yerbazal, que fue desapareciendo con rapidez, obligando las aves a emigrar, aun cuando algunas insistieron en quedarse, especialmente las cluecas, con huevos a empollar o polluelos a alimentar.

Luis Daniel, en la madrugada, arriaba el ganado al pastizal y con el atardecer al corral, quedándole el día libre para domar las bestias. Llamado y preguntado por Don Francisco acerca de su deseo de abandonar la hacienda, con mucha decisión, pero con sumo tacto, Luis Daniel, le solicitó el permiso para marcharse, quería conocer el territorio, probar suerte en otro lugar.

El patrón le escuchó con atención, notando la seguridad en el planteamiento del mestizo, puso como condición para darle su aceptación, entrenar a un joven en el arte de la doma.

Durante varias semanas, Luis Daniel enseñó al muchacho los conocimientos básicos sobre la domesticación y amansado de potros.

Cuando lo consideró idóneo, y luego de obtener la aquiescencia de su patrono, Luis Daniel con su familia, emprendió su camino.

Lamentaban dejar muchas de sus pertenencias, entre ellas, el mobiliario fabricado por el viejo carpintero indígena teque; la familia entera se dispuso a marchar.

En mochilas cargaban sus pertenencias y alimentos para varios días, algunos dispuestos para consumirlos durante el camino y otros, la mayor parte crudos para ser preparados posteriormente. También llevaban el potrillo, era una de sus mejores pertenencias, a base de

cariño y dedicación lo habían salvado y alimentado con mucho esfuerzo.

Lo primero en hacer, fue buscar un sitio donde establecerse con su familia.



Al cabo de una jornada, decidió tomar posesión de un pedazo de selva, para construir una vivienda y un conuco y a eso se dedicaron con gran ahínco.

La posesión del plano del tesoro le corroía las entrañas, en muchas ocasiones deseaba no tenerlo; la sola posesión del plano le inquietaba demasiado, no le daba tranquilidad, pero siempre terminaba pensando en cuándo y a dónde ir, pues ese dibujo le indicaba un destino en Los Teques, pero especialmente le señalaba un buen destino en la vida.

Transcurridos varios meses, tomó camino hacia Los Teques, tratando de interpretar las señales indicativas del sitio del entierro del oro. Los trazos hechos por el viejo indio carpintero eran rudimentarios y difíciles de seguir, pero era lo único que poseía.

Deambuló por diversos lugares, en búsqueda de la piedra blanca, hasta hallar una gran roca cubierta de limo en medio de la vegetación. Con gran premura retiró parte de él y la descubrió. Habían pasado muchos días, pero ese era el lugar. Colgó su chinchorro y descansó hasta el siguiente.

Con bríos renovados por la ambición y la comida ingerida realizó varias excavaciones sin mayor éxito.

Un nuevo atardecer y anochecer le obligaron a suspender su labor

Pensó en abandonar, pero no; haría al siguiente día o los siguientes días otros intentos, no debía irse ahora cuando estaba en la zona indicada. El anciano tequeño había visto y tenido en sus manos el tesoro. Él debía y podía hallarlo sin importar cuanto demorara.

Cansado, sudado, hambriento se hallaba, iba a suspender la nueva excavación, cuando encontró el tesoro de Guaicaipuro.

Las bolsas de cuero, cubiertas de cera, estaban muy deterioradas, se veía el material dorado sin necesidad de abrirlas. Optó por sacar algunas, y cambiar el oro a las bolsas que llevaba.

Sus ojos se extasiaron contemplando el dorado metal, en barras, en polvo y en centenares de piezas de orfebrería indígena.

No podía con todo, sería demasiado peso y si alguien por pura casualidad lo veía, seguro intentaría apoderarse de él. Por supuesto previamente lo mataría.

El resto de esa mañana, y hasta bien entrada la tarde se demoró en devolver la tierra sacada en las diversas cavidades y cubrirlas con hojarascas, sobretodo en la última, donde dejaba el resto del oro.

Hizo cuanto pudo. No quedó perfecto el escondrijo, pero las lluvias y el tiempo harían el resto. Además nadie visitaba esos selváticos lugares.

Esa noche en sueños se vio como un gran hacendado, rodeado de riquezas, mujeres hermosas y de muchos adulantes blancos peninsulares y criollos.

En la mañana reflexionó sobre el viaje de regreso, No debería despertar sospechas ni insinuar llevar algo muy pesado, por eso, llevaba solo una parte, la más liviana y fácil de poderla negociar, sin despertar grandes sospechas, pero pesaba.

Él no era un indio, ni un esclavo a los cuales les estaba prohibido tener oro y además de una u otra manera era un hombre libre.

Por vez primera se sintió contento con su condición de mestizo, de casi blanco, por tanto no averiguarían, ni tratarían de despojarlo del tesoro como había ocurrido con el carpintero, por su condición de indio.

De todos modos debería proceder con mucho cuidado para evitar la más mínima sospecha.

Aun cuando recelarían de un mestizo, estos eran considerados superiores a los indios, claro inferiores a los blancos, pero algunos habían escalado hasta la condición de propietarios de pequeños negocios en Santiago de León e incluso otros, los menos, tenían predios con varios cultivos.

Él trataría de imitar esa fortuna, quien quitaba, tal como lo había soñado, convertirse a la larga en un rico hacendado.

La ambición con la tenencia del oro se le había despertado y con el paso del tiempo se le incrementaba.

Ya su familia, no era tan importante, en especial la india de su mujer, bueno sus hijos sí; pero ella a la larga se convertiría en una carga, pero ya habrá la oportunidad de deshacerse de su compañía.

A pesar de la discriminación y la división de castas existentes en esta época colonial, los mestizos, clase social a la cual pertenecía eran considerados superiores a indios y esclavos, por debajo de los blancos peninsulares, los blancos criollos y los canarios, tal vez muy parecidos e estos últimos.

Pero sus aspiraciones eran a ser tratado y estimado como un blanco, pero solo eran aspiraciones; por ahora debía ocuparse de salir adelante, quien sabe si después. A eso se dedicaría y para ser estimado por la comunidad de blancos y bien tratado, seguramente tendría tiempo. Primero debía convertirse en un rico hacendado. Claro por ahora lo fundamental era llegar sano y salvo a su vivienda.

XVII.- BUEN REGRESO. VESTIR Y ACTUAR COMO CABALLERO.

El regreso a su vivienda, donde le esperaban su mujer e hijos transcurrió sin mayores inconvenientes, tan solo el peso de la bolsa con el oro. Aun cuando trató de aliviar la carga, llevando, solo una parte, el trayecto acarreando las bolsas por la selva, durante varias

leguas y días, se le hizo muy cansón, debió descansar cada cierto trecho, en consecuencia el regreso le demoraría más que la ida, como en efecto ocurrió.

Cuando atravesaba un caño fue interceptado por un par de hombres, con machetes en mano, dispuestos a despojarlo de sus pertenencias. Luis Daniel dejó caer las bolsas con sus implementos y el oro y con su lanza opuso resistencia.

Varias cortaduras producidas por los machetes, en vez de amilanarlo lo impulsaron a blandir la lanza con mayor efectividad. Con un impulso inusitado la clavó en el pecho de uno de los oponentes, quien cayó al suelo de inmediato. Con su mano izquierda blandió un cuchillo llevado en su cintura que arrojó al otro atacante, hiriéndolo en un brazo. El hombre al verse herido y a su compañero muerto corrió por su vida. Ya Luis Daniel izaba nuevamente la lanza, recién extraída del cadáver y la arrojaba contra el otro individuo, entrándole por la espalda.

Mientras, entre agónicos estertores, ahogado en su sangre agolpada en sus pulmones el hombre yacía en la hojarasca, Luis Daniel como pudo vendó sus heridas y cargando solo la bolsa con el oro se alejó.

Le habían intentado asaltar, pero se había defendido y a pesar de ser sorprendido había matado a los dos atacantes.

Durante las noches pasadas en el viaje de retorno, por precaución, escondía su oro, entre las hojarasca y un poco alejado del lugar donde colgaba su chinchorro, y siempre prevenido con su lanza y cuchillo de caza. Nada había pasado, hasta cuando pasó. Con nadie se había cruzado, hasta tanto se le cruzaron los delincuentes..

Aun debía pasar otra noche en la montaña, sin hamaca ni otros implementos. Sus heridas sangraban y el cansancio y el hambre le atormentaban. Sin embargo volvió a esconder la bolsa con el precioso metal entre la hojarasca como las otras veces.

Como pudo se acurrucó y trató de dormir, entre episodios de frío y picadas de alimañas, transcurrió esa noche.

Por la madrugada se levantó y caminó hacia su casa

OMAR BARRIENTOS VARGAS

Se sintió feliz de regresar a su hogar, donde fue atendido y curado. Enterró el oro, dejando fuera algunas prendas indígenas y un poco de polvo dorado.

Pensaba negociar poco a poco con ellos, ya vería que pasaba, buscaría por todos los medios hacer buenos negocios y levantar la menor cantidad de sospechas.

Una vez restablecido, con el fin de utilizar el oro, se dirigió a Santiago de León.

Luego de regatear el precio compró varias varas de telas e hilos para hacerse una ropa más apropiada. Pagó con un prendedor indígena de oro, siendo atendido a cuerpo de rey, tratando de venderle otras cosas, frente a cuyos ofrecimientos manifestó su carencia de más oro u otros objetos de valor, amén, su patrona solo le había ordenado hacer la compra de las telas, hilos, agujas y tijeras.

Frente a estos poderosos argumentos, el canario tendero dejó de insistir y echó por tierra su pensamiento de ¿De dónde este mestizo sacaría este oro?

De la ciudad marchó a toda prisa y de regreso a su hogar junto a su esposa diseñó y fabricó unas camisas y pantalones, para él y un vestido para ella; estaba convencido que al mejorar su presencia, las transacciones con el oro serían más factibles.



En eso se encontraban cuando llegaron dos hombres a caballo. Sin apearse le informaron ser los dueños de la tierra y luego de revisar la sementera, le impusieron como condición para dejarlos allí, el pago en especie de la mitad de lo cultivado.

Luis Daniel, aun cuando molesto, aceptó las condiciones de los hacendados.

Después de tomar abundante agua, los jinetes vieron y alabaron el trabajo de costura, diciendo que a lo mejor el ama del predio, les solicitaría sus servicios para ella y sus hijos.

Nuevamente montaron las bestias y tomaron su camino.

- Solo esto nos faltaba, unos supuestos dueños nos quitarán la mitad y seguramente lo mejor de lo producido, manifestó Luis Daniel a su esposa, quien le respondió:
- Esas son sus normas, debemos acogerlas o irnos, pero ¿A dónde? En cualquier lugar a donde lo intentemos, ocurrirá algo parecido. Ellos mandan. A nosotros nos toca aceptar y obedecer; si nos resistimos seremos duramente combatidos.
- Tienes razón, nos quedaremos, pagaremos, tal cual como me comprometí. Ya veremos. El futuro debe depararnos algo bueno.
- Tal vez es lo mejor; nuestros hijos crecerán en este lugar y podemos gozar de una relativa prosperidad.
- No olvides el oro traído. Con gran disimulo lo emplearemos. Como pisatarios arrendatarios será más fácil disponer de él. Claro en pequeñas cantidades, para alejar cualquier suspicacia, y así mantenemos los muchachos, nuestro rancho, sementera y tal vez algo más.

El potrillo enclenque en su nacimiento, habíase formado y crecido debidamente, estaba muy grande, para seguir de compañero de juegos de los niños; Lo convertiría en una buena cabalgadura y Luis Daniel era un experto en la materia.

Manzo, sumiso, pero brioso, habituado a la compañía y protección humana, llevar moderadas cargas y ser cabalgado por los dos hermanos poco fueron los esfuerzos realizados. Resultaba muy apropiado para llevarlo a la población de Santiago de León, donde estimarían y lo respetarían como caballero a su jinete.

Él podría pasar por blanco, visto de espalda o a media luz, pero por los rasgos de su cara aindiada lo delataba como mestizo.

El caballo, la ropa nueva, bien cortada, su altura y portar oro lo hacía un buen cliente, siendo atendido con esmero y dedicación. Seguramente era caporal de alguna hacienda, o a lo mejor era suya. Lo tratarán con distinción y sin sospecha alguna.

Pero, para convertirse en un hacendado, como los blancos y algunos mestizos. No como mestizos no. Debía tener las actitudes y modales de un verdadero caballero, por tanto trataría de aprender ese estilo de comportamiento, sin rasgos de afectación. Poco a poco lo lograría, debía observar estos proceder; no se trataba de imitarlos, sino de ponerlos en práctica, ya algunos de estos modales los conocía gracias a algún trato con los amos del hato, donde había nacido y trabajado.

Debía cambiar y dominar los modales de los blancos, difícil hacerlo por falta de trato directo con algunos caballeros blancos; ya hallaría alguna forma de conocer y asimilar sus comportamientos.

La sementera estaba en plena producción, diversos productos agrícolas estaban brindando sus frutos. La cosecha de maíz resultó abundante, la recogió y sin desgranarlo, separó la parte correspondiente al pago del hacendado. Sabía, debía ser correcta, pues habían medido el cultivo y estimado la producción.

Igual procedimiento siguió con los demás cultivos, de papa, yuca y otros.

Se sintió robado y recordó, las historias contadas por su padre Tirama, cuando refería los atropellos y abusos de los conquistadores contra los pueblos originarios, llevando unos a la esclavitud y otros a la muerte, salvándose solo los asignados a una explotación y vida miserable en las denominadas encomiendas, por cierto donde había nacido producto de múltiples violaciones a su madre.

Afortunadamente, él habíase liberado de aquella hacienda de doña Luisa, y su padre putativo le había enseñado el oficio de amansador, gracias al cual se había defendido en la vida.

De mucho le había servido en el trabajo y vida llevada en la otra hacienda, pero ahora cuando era todo un hombre libre y con un

buen tesoro de respaldo, debía transformarse en un verdadero caballero como los blancos y poseedor de un predio propio al mejor estilo de ellos.

Pero ahora, además de pagar su parte al patrono, cuestión ya casi concluida, le preocupaba como poder usar el oro conseguido en el tesoro enterrado por el cacique Guaicaipuro, descubierto por el finado carpintero tequeño Jesús.

Así decidió nuevamente probar su fortuna, yendo a Santiago de León para adquirir varios artículos.

XVIII.- DE COMPRAS. LA PERLA COMO MONEDA. INDIOS Y NEGROS MUEREN A MONTONES EN SU EXTRACCIÓN

Debidamente trajeado con su ropa y sombrero nuevo bajó del caballo frente a una pulpería. Pidió un trago de aguardiente e hizo la petición de varios artículos.

Suministrados atentamente, pidió otro trago y pagó con una pequeña porción de oro, recibido gustosamente por el tendero canario y recibió como vueltos algunas perlas.

Mientras hacía la compra conversaba sobre cómo estaba la situación en la ciudad y le informaron de la venta de otra pulpería, en la cuadra siguiente.

Adquirir ese negocio, le serviría no solo como una posibilidad de obtener algunas ganancias, producto de las ventas en el mismo, sino además, el empleo de algo de su oro y por si fuera poco, le serviría para observar parte del comportamiento de criollos y peninsulares y a lo mejor hasta entablar tratos con uno o más personas blancas, cuya conducta y hábitos deseaba conocer y aprender.

Poco importaba su costo o la causa de su venta. Seguro no la vendían por dar abundantes réditos, pero sería su primera adquisición y seguramente, con un buen surtido y atención esmerada se podría mejorar económicamente, y tal vez se podría

convertir en la catapulta necesaria para su éxito económico y ascenso social.

Le ayudaron a subir los bultos a la bestia y tomándola de las riendas salió en dirección del negocio en venta.

¿Cuánto costaba? con la mercancía en existencia –no muy abundante- o sin ella. Solo la vendían con todo lo existen en el local. Pensó desistir de la compra, pero no.

Le dieron un precio en perlas -usadas como moneda, ante las dificultades para emplear oro, pues escaseaba en esta región caraqueña-; regateó por un buen rato y ofreció pagar en oro.

El oro era sobretodo, una obsesión por la cual los españoles estaban dispuestos a padecer grandes penalidades u ocasionar diversos sufrimientos a los naturales e incluso a sus propios paisanos. Por las perlas también, pero eran muy abundantes, procedían en casi su totalidad del oriente, de Cubagua, rebautizada como Nueva Cádiz, visitada por Cristóbal Colón en su tercer viaje en 1498.

Allí se habían instalado los conquistadores, quienes esclavizaron los indios y ansiosos de aumentar sus ganancias, importaron negros del África para la extracción de las perlas.

Cubagua era una isla pequeña de unas tres leguas de circunferencia. Despoblada desde siempre, a donde concurrían los naturales para pescar las perlas, para sus collares y pendientes y demás adornos usados. Los denominaban thenocas y cocixas.

La isla es terreno infértil, nada apto para la agricultura; localizado entre Araya y Margarita, en medio del mar, árido, poblado de cactus y vegetación serófila; sin ríos o lagunas y por tanto carente de agua dulce.

Los conquistadores cristianos, llenos de ambición por el negocio de las perlas, fundaron una población denominada Nueva Cádiz, transportando el agua desde el río Cumaná, en tierra firme, a siete leguas de la isla.

Los cristianos conducen a sus esclavos indios y negros, grandes nadadores, a la pesquería de ostras o madreperlas.

OMAR BARRIENTOS VARGAS



Entre siete u ocho son llevados en una canoa a donde saben o les parece, las pueden obtener; detiene la canoa y echan al agua los pescadores, quienes se hunden hasta el fondo, en pos del añorado marisco, con la codiciada perla en sus entrañas.

En la embarcación queda uno tratando de mantenerla en el mismo lugar. Después de varios minutos, los pesadores salen fuera y a nado van a la canoa y pone en ella, las ostras, veneras o conchas donde se encuentran las perlas.

Las llevan en una bolsa de red, atada a la cintura o al cuello. Subidos a la canoa, descansan un poco, a veces les dan un bocado y vuelven a entra al agua, repitiendo la operación todo el día.

Al acercarse la noche, retornan a sus alojamientos en la isla, entregan las ostras al amo o su mayordomo. Les dan algo de cenar y guardan las ostras.

Las ostras son abiertas y en cada una hallan una o varias perlas o aljófares. Algunas de las carnes de las ostras son comidas y el resto

tirado al mar. Cosa similar ocurre con las conchas, pero con la resaca marina terminan apiladas, en las playas.



En otras ocasiones, en especial con marea alta, o cuando los ostrales están muy profundos, los esclavos pescadores llevan un par de piedras, amarradas una en cada punta de una cuerda, la cual pasan por los hombros para hundirse total y fácilmente. Para salir se desprenden de ellas.

La pesquería de perlas, es una tarea sumamente exigente y luego de algún tiempo los pescadores se agotan, sus pulmones revientan y expulsando chorros de sangre perecen.

Las perlas, en parte son enviadas a España, previo pago de un quinto para Su Majestad, cobrado diligentemente por el funcionario delegado y el resto para sus propietarios.

La quinta parte a ser enviada a la Corona española en múltiples ocasiones se trampea, en la mayoría de casos con la complicidad de las propias autoridades de la isla.

Trasladadas algunas perlas a tierra firme, son comerciadas allí, siendo usadas en algunas zonas como monedas.

Por existir abundancia de perlas, y poco oro en la provincia, se usan las perlas con estos fines.

XIX.- PROSPERIDAD. MEJOR BLANCO QUE MESTIZO

Ante la tentadora oferta, hecha por Luis Daniel, de adquirir la tienda con oro, el propietario del negocio aceptó la transacción y recibió con grata satisfacción, la pequeña porción del dorado metal

entregado por el comprador, quedando a cancelar el resto, unos días después, cuando regresara.

Así lo hizo, sin haber preguntas capciosas. Nadie indagó sobre los orígenes del oro.

Ahora era un tendero, dueño de una modesta pulpería. Adquirió nuevas mercaderías y la surtió ampliamente.

Su mujer al enterarse de la noticia, se preocupó en una primera instancia, pero después, al ver como todo resultaba bien se contentó mucho y le sugirió emplear a su hijo varón, ya adolescente. Estaba convencida, sería un buen ayudante y quizás más adelante se convirtiera en todo un comerciante.

Luis Daniel manifestó su acuerdo con el planteamiento; al enterarse el joven mostró con una amplia sonrisa su disposición a trabajar en el establecimiento.

La primera conseja para su hijo y antes de indicarle los procedimientos a seguir en la tienda, fue acerca de la conveniencia aprender los modales de los cristianos blancos y comportarse como ellos.

En su mente la idea de parecer, comportarse y ser estimado al igual de un blanco era una fijación permanente. Todos sus deseos y actuaciones le inducían a lograr para él y para su hijo un estatus superior y en ese sentido, además de convertirse en un potentado era una nueva y poderosa obsesión.

Durante varios años la pulpería se mantuvo bien surtida, no tanto por las ganancias producidas por la venta de sus artículos, como por los aportes en cantidades modestas, pero continuas de oro.

Al ritmo del desarrollo de su establecimiento caraqueño hizo crecer su discreto predio, en camino a convertirla en una auténtica hacienda.

Claro por el terreno debía pagar un alquiler, pero quizás más adelante lo compraría, siempre y cuando se lo quisieran vender.

Luis Daniel y el joven Juan, buscaron el trato y compañía de personas blancas; con tales fines adquirieron una casa en la ciudad.

Para decorar la vivienda, buscaron y escucharon la opinión de varios vecinos blancos; así decidieron amoblarla, siguiendo los consejos recibidos, imitando el estilo español.



Para darle vida y ponerla acogedora, compró varias esclavas, destinadas a la cocina, servicios internos y la jardinería.

Aprovechando la juventud de dos de las mulatas intentó y logró tener relaciones sexuales. Estaban bien, pero eran negras y esclavas.

Al tener dispuesto el decorado, mueblería y surtido de su casa, preparó una fiesta de inauguración.

Invitó a varios de sus vecinos y clientes.

Rigurosamente vestidos llegaron algunos. Todos hombres solos, seguramente sería muy denigrante llevar a sus mujeres a una reunión social en el domicilio de un pardo.

El conjunto musical interpretó varias canciones, todas de origen español que agradaron en demasía a la concurrencia, cosa similar ocurrió con las bebidas y la comida servida en abundancia.

Una improvisada mesa de juego de barajas, con modestas apuestas fue otro de los atractivos ofrecidos y agradecido por los asistentes. Casi al final, cuando las libaciones y la música lograban su efecto embriagador, llegaron tres bailarinas de flamenco, especialmente contratadas. Los aplausos y la desbordante alegría, confirmaron la certeza de la escogencia y éxito de la reunión.

Al siguiente día, a pesar de tener algo de sed y dolor de cabeza, Luis Daniel se sintió bien por la actividad realizada el día anterior y así

se lo comentó a su hijo Francisco, quien la aprobó, mientras dentro de su ser, la consideraba inconveniente.

La vida continuó su curso. Le sonreía. La fiesta resultó un éxito; los negocios crecían vertiginosamente; así decidió abrir su casa con frecuencia, organizando actividades sociales festivas de distinta naturaleza, contando como invitados a vecinos, hacendados y funcionarios del gobierno colonial. Su riqueza, su opulencia y el gastar sin repararos, le convertía en una amistad envidiada.

Se sentía uno de ellos, aun cuando no su igual, como en su interior lo deseaba.

Sin darse cuenta había traspasado el umbral de mestizo solidario, para transformarse en un ser ambicioso y arribista.

Estableció amistad o mejor relaciones de intercambio con funcionarios del gobierno, entre ellos, concejales y el alcalde de Santiago de León. Esas presuntas camaraderías las estimaba en demasía y las consideraba como muestras de deferencia y aprecio hacia su persona.

AMANTE BLANCA. A CASA LLENA. REPUDIO DE MERCEDES

Una tarde, la hermosa Doña Úrsula, viuda de Don Pedro, la cual normalmente atendía y conversaba al pasar de compras por la tienda y atendiendo a las numerosas invitaciones a su casa hechas por Luis Daniel le visitó.

Admiró su buen gusto por los muebles y el decorado de la casa y su hermoso jardín.

A lo cual el dueño de la casa respondió con humildad: los adornos y mobiliario se debían a los consejos de sus amigos y en cuanto al mantenimiento y cuidados de todo, incluido el jardín, a los buenos oficios de los sirvientes de la casa.

La dama visto el clima de confianza y amistad que se respiraba, con amplia coquetería, le planteó algunos problemas económicos y le

solicitó ayuda.

El sí de la contesta no se hizo esperar, era una modesta cantidad, y él podía. Pensó también podrá con esta bella señora. Tomaron café y un refrigerio adecuado para la hora.

Ella le agradeció la deferencia, por el préstamo dado y las atenciones recibidas y prometió regresar en breve.

Con grandes deseos y optimismo, Luis Daniel esperó la próxima visita, conversa y cualquier otra cosa. Especialmente, una relación más íntima. ¿Quién sabe? Habrá que ir con mucho tacto, pero por lo menos lo intentaré.

Al cabo de varios días, menos de una semana, la viuda regresó a la casa de Luis Daniel, en esta ocasión el café fue sustituido por un vino español de primera, escanciando dos botellas.

Con una amplia sonrisa, Doña Úrsula demostró su complacencia por el prendedor dorado, obsequiado por el mestizo en ese momento.

Pronto, ante la riqueza, soltura de mano y buenas conversas, la joven viuda aceptó los requerimientos de Luis Daniel.

Las candorosas y tiernas miradas, seguidamente, dieron paso a la pasión.

Se cambió de asiento y se sentó a su lado, tomándola de la mano, inicio una serie de caricias bien respondidas, y entre besos, susurros y fuertes abrazos, pasaron a mayores.

Pronto la invitó a la alcoba. Mientras se despojaba de la ropa, ella hacía lo propio; luego en una explosión de ardorosas ansias practicaron el acto sexual. Todo había resultado de improvisado, solamente, habían aprovechado y vivido el momento.

Después de llegar al clímax, ella se levantó, vistió a prisa y salió de la casa. No se dijeron palabra alguna, pero las miradas de satisfacción y complicidad indicaron la perspectiva cierta de continuar estas relaciones.

En otras oportunidades compartieron el lecho, hasta cuando de común acuerdo comenzaron a vivir juntos.

El chisme voló con rapidez, en la comunidad, muy mojigata, donde los hombres solteros y casados, por igual, mantenían sexo con indias, negras, mestizas y cuantas más pudieran, e incluso, algunos tenían amantes permanentes, claro en secreto, confidencialmente. Todos lo sabían, todos lo practicaban, pero todos lo callaban.

En este caso de las relaciones de esta pareja, se criticaba el ser público el amancebamiento de una dama blanca, viuda de un funcionario de la Alcaldía, ahogado en una abundada del río Guaire, haciendo vida marital con un mestizo.

Pero como el dinero tapa todo, al pasar unos días, la situación se normalizó, cesaron los comentarios y en pareja continuaron las reuniones festivas, veladas con abundantes comidas, finos licores, música y sesiones de juegos de envite y azar.



Vecinos, comerciantes, hacendados, funcionarios públicos, militares y hasta el propio alcalde de Santiago de León, pasaron gratos momentos en esta casa.

Iban a las reuniones festivas de Luis Daniel y su señora, con gran frecuencia, acompañados por amigas de ocasión o sus amantes.

Nuca llevaban a sus esposas o hijas. No las querían rebajar, ni ellos estaban dispuestos a ser tratados como iguales al mestizo, pero se divertían de lo lindo en sus salones.

Comida, tragos, música, bailes, juegos, sin gastar nada, era demasiado atractivo. La inversión en estas juergas, solo se producía al perder sus apuestas en los juegos, pero si no era allí, sería en otra parte.

En algunas ocasiones llevaban botellas de vino o ron y sus damas de compañía a veces se aparecían con dulces o granjerías.

Su hijo, Francisco, desde un principio, preocupado por el cambio de vida operado en su padre, pensaba en cómo serían las relaciones con su madre, aun cuando no le dijo nada.

Observaba ese comportamiento y pronto su preocupación se disipó, al recordar la vida de las personas asiduas a Luis Daniel.

Buscó olvidarse de esos procederes; se aplicó con el negocio, tanto en el mantenimiento del local, como en su surtido y trato con los clientes, en su mayoría blancos criollos y canarios, aun cuando también se acercaban mestizos y por supuesto peninsulares.

Ya Luis Daniel, propietario de una vivienda; un próspero negocio en Santiago de León y de un predio alquilado, pero en desarrollo, gastador sin preocupaciones, adquirió más ganado y contrató algunos indios, jóvenes mestizos y compró cinco esclavos para dedicarlos a las faenas del campo.

Su patrono, el propietario de las tierras, al verlo progresar y gastar a manos llenas, le exigió nuevos pagos. Luis Daniel se ofreció a comprarle el terreno, para desarrollar su propia hacienda.

El patrono queriendo ganar una buena cantidad se mostró poco interesado y le pidió un alto precio.

Luego de múltiples razones y discusiones se pusieron de acuerdo y Luis Daniel ofreció pagarle una parte en oro, perlas y entregarle un par de vacas lecheras.

El precio acordado estaba resuelto, solo faltaba la forma de hacerlo. Nuevas conversaciones y otra botella de vino lograron ponerlos en sintonía. Se transarían solo con oro como pago por los terrenos, dándole un tiempo prudencial para la venta de las vacas y le pagara lo recibido en el dorado metal.

Luis Daniel sabedor de la escasez de oro como forma de pago existente en toda Caracas, se opuso al principio, para aceptar, internamente complacido.

Hecha la transacción se dedicó a hacer crecer su hacienda, quitándole terreno a la selva. Desarrolló nuevos cultivos, con

énfasis en el cacao; estableció nuevos corrales y junto al ordeñadero montó una quesera y construyó una nueva, cómoda y estilizada vivienda.

A pesar de ir casi todos los días a su hato, pocas veces dormía allí; su esposa Mercedes lo soportaba a regañadientes.

La nueva vida de ricachón le atraía en demasía y pensaba como deshacerse de ella, era tan solo una india.

Un día cualquiera le entregó a Mercedes, su mujer una cantidad de perlas y algo de oro y la corrió de la hacienda.

La indígena, no dijo nada y sin despedirse de nadie, partió montada en la mula que con frecuencia usaba.

Sin embargo no todo salía como pensaba. Sin percatarse de la envidia de demasiados blancos e incluso mestizos fue denunciado, para averiguar de dónde procedía su extraña y ascendente fortuna. Era poco frecuente, aun cuando no imposible, que un mestizo dejara el trabajo en una encomienda para finalmente convertirse en tendero, propietario de una casa en Santiago de León y una hacienda en el valle caraqueño.

Aun cuando, algunos no sabían a qué atenerse, corría el rumor de ser Luis Daniel, hijo natural de un acaudalado amo de Caracas y una india caribe.

El referido señor, quien nadie nombraba o no conocía se había encariñado con el niño, al ver su porte blanco, de pelo castaño claro, casi sin rasgos indígenas.

Eso había sucedido hacía muchos años atrás y a pesar de haber sido criado por su madre, antes de morir le había entregado la mayor parte de su fortuna.

De todos modos, ya había pasado más de una década desde cuando Luis Daniel adquirió la pulpería que le había dado una prosperidad tal de llevarlo a adquirir una casa en plena ciudad y un lote de terreno, convertido luego en una próspera hacienda.

XX.- MARÍA SE CASA. JUAN TODO UN COMERCIANTE. PARENTELA BLANCA, PERO DE ORILLA

Los niños estaban crecidos, habían dejado de serlo, Francisco era todo un hombre hecho y derecho.

Desde el mismo momento cuando su padre le llevó a la tienda, se había aplicado, primero en aprender el negocio y luego a conducirlo con mucho cuidado y rigurosidad.

Atendía con esmero la tienda y tenía a veces aventuras amorosas, con damas de conducta alborotada en la ciudad.

La niña María, saliendo de la adolescencia, estaba convertida en una señorita blanca con un pelo lacio, castaño claro, pero sus ojos levemente rasgados inducían sus orígenes mestizos.

Un joven canario, al ir a la hacienda a comprar leche la vio y conversó con María, se sintió cautivado por su belleza y modales. La atracción fue mutua, amor a primera vista.

Las visitas se repitieron en otras ocasiones, llegando Antonio, el canario enamorado a pedirla en matrimonio, obteniendo un no como respuesta, al tiempo de ser despedido agriamente por el hacendado, padre de la dama.

Al poco tiempo se le comenzó a notar a la joven un abdomen abultado, señal de su preñez.

Enterado de la situación, Luis Daniel llamó al novio, para recriminarle y exigirle la contracción de nupcias.

Antonio respondió con un sí, eso lo deseábamos, lo teníamos decidido y respondiendo de muy buena manera estuvo de acuerdo en casarse de inmediato.

Los progenitores de Antonio se habían opuesto a esas relaciones desde un primer momento, pero al conocer y visitar a la familia y las propiedades de Luis Daniel, se mostraron de acuerdo.

A la iglesia de San Francisco, en funcionamiento, pero en construcción, fueron los novios a contratar los servicios de un sacerdote para su casamiento.



Efectuado el matrimonio, de acuerdo con los ritos católicos, a la usanza española, fueron a vivir en los predios de Luis Daniel, donde ya tenían en construcción una vivienda aparte. Mientras la terminaban, se alojaron provisionalmente en la casa principal donde teóricamente residía el padre de María.

Antonio, junto a su madre y hermanos fue traído de Tenerife, Islas Canarias. Su padre, un emigrante hacia el nuevo continente lleno de ilusiones, en búsqueda de mejores condiciones económicas, para sí y su familia, en cuanto pudo les pidió tomar una embarcación con destino a Venezuela.

Desafortunadamente para él, la conquista era cosa del pasado y sus aspiraciones y esperanzas de ser un combatiente exitoso habíase sepultado en la realidad; debió buscar trabajo en cualquier parte, hasta encontrarlo en una hacienda del valle de Caracas.

Contratado en un predio como capataz, al pasar un año, con empleo, alojamiento y un modesto salario, sintiéndose seguro de poder aumentar el progreso logrado, envió por su mujer e hijos.

Ahora, con su hijo, recién casado y con grandes oportunidades de prosperar, gracias a las posibilidades que se le presentaban a través de su suegro, se mostraba muy contento.

Bueno, todo no era color de rosa, la yerna y su padre eran mestizos y la madre, aun cuando ausente, era una india. No eran de envidiar; pero su fortuna y capacidad para los negocios, sí.

Se veían y estaban prósperos, con buenas propiedades desarrolladas en un tiempo relativamente corto.

De esa fortuna o buena suerte, debía llover algo —ojalá, bastante- y debe caerle encima a Antonio y por su intermedio a todos nosotros, sus familiares directos.

Antonio carecía de un oficio específico, pero estaba dispuesto a realizar cualquier trabajo, y además de continuar la construcción de su vivienda; se mostró dispuesto a trabajar en los corrales y campo abierto con el ganado de su suegro, labor alternada con la atención y mantenimiento de los cultivos.

Convertido en una persona de confianza de Luis Daniel, a los pocos meses fue encargando del control del personal de la hacienda.

Tenía divergencias, tal vez por celos de su cuñado o por la simulada envidia de él mismo, pero trataba de superarlas.

Juan, el hijo de Luis Daniel se había convertido en un comerciante de primera línea, dedicado, con pasión y mucha energía a todo lo atinente a negocios, desde la atención y colaboración con los clientes hasta las relaciones con los vendedores y proveedores de la pulpería y la venta al mayor de productos cárnicos y leche que permanentemente, su cuñado le proveía.

Vendía de todo, desde licores hasta herramientas para la siembra, labores de ganadería e incluso armas para la cacería como ballestas, dardos y algunas de fuego.

Esta dedicación a los negocios, le mantenía ocupado todo el día y todos los días, quedándose a pernotar en la ciudad muchas veces. Tenía una mula, pero la mayor parte del tiempo estaba en un potrero cercano; solo la usaba para desplazarse, al dirigirse a la hacienda o a realizar cualquier diligencia fuera de la ciudad.

Vivía prácticamente en Santiago de León, iba a la hacienda en pocas ocasiones, con lo cual los posibles roces con su cuñado se daban casi por descontados, para el sosiego de su hermana y la paz de todos los familiares.

Empezaba a asumir conductas similares a las de su padre, participaba al principio de manera ocasional en las juergas, pero ya no se perdía ninguna.

Tenía ahora un grupo de amigos criollos de su edad, con quienes se divertía en excursiones diversas, siempre acompañado por damas no muy santas, abundante licor y succulentas comidas.

Su padre no le criticaba esa vida, solo le exigía ser productivo y tener modales de blanco.

En una ocasión, Luis Daniel percatado de la existencia de grupos de niños en las calle de la ciudad, pensó en hacer algo por ellos, pero ¿Qué hacer? Lo pensó mucho.

Su vena solidaria sembrada por sus padres de pronto reapareció. Ayudaba algo, darles comida, pero solo los ayudaba a aliviar momentáneamente el hambre; ya lo había hecho en varias oportunidades.

Los muchachos recorrían las calles, donde eran golpeados o llenos de improperios por parte de los vecinos, aun cuando algunos los ayudaban.

En ocasiones, les había dado pequeños trabajos por los cuales les entregaban cierta remuneración, sin embargo eso era a veces y a unos pocos; era una ayuda escasa y por muy poco tiempo. Así decidió contratar a varios para labores agrícolas y ganaderas en su predio.

Los muchachos indisciplinados, poco a poco, incluso a con el uso de diversos castigos, a la fuerza, lentamente aprendieron unos los oficios agrícola y otros las labores pecuarias, y un comportamiento más o menos respetuoso y cordial.

Con criterio muy realista, Luis Daniel trataba de establecer un hato ganadero de preferencia, sin abandonar la parte agrícola. Los cultivos se daban bien; dedicó buena parte de su fortuna a comprar ganado, sobretodo, vacas preñadas, de esta manera, al tiempo de incrementaba el número de animales, con el nacimiento de los becerritos, con el aumento del ordeño producía más leche, mantequilla y quesos.

Compraba de seguido a diferentes propietarios, pagando con oro y algo de perlas y artículos diversos de la pulpería.

XXI.- ENVIDIA E INVESTIGACIÓN. CONTRABANDISTA NO. ¿ORO DE DÓNDE?

Luis Daniel se había convertido en un potentado hacendado, tanto en su actuación como dueño, como en su aptitud mental.

La vida le sonreía y él hacía otro tanto. Rebosante de salud, entre decisiones de mando y diversiones frecuentes disfrutaba de su próspera existencia.

Como los blancos peninsulares o criollos, no se rebajaba a trabajar. Desde hacía algún tiempo, sus labores directas habían terminado. Tenía encargados para sus diversos negocios, y recibía con mucha meticulosidad sus informes acerca de lo actuado. Tomaba decisiones, pero, para ser ejecutadas por sus subalternos.

Todo marchaba bien, hasta cuando las autoridades coloniales, atendiendo las denuncias hechas por varios hacendados blancos y otro no tanto, llenos de envidia, denunciaron como sorpresiva y sorprendente la riqueza acumulada por el mestizo,

Comenzaron por averiguar sobre los orígenes de la fortuna y progreso permanente de Luis Daniel.

No conseguían explicación justificadora de cómo ese mestizo en poco más de una década había amasado una fortuna muy parecida a la de sus vecinos.

Estos hacendados, herederos de los conquistadores y fundadores de Santiago de León habían tenido un progreso lleno de dificultades; sus fortunas se consolidaban lentamente, en casi una centuria.

Bueno, es cierto, ellos debieron enfrentar múltiples incursiones de los naturales por recobrar sus territorios, asaltos de piratas, pestes sobre la población humana, como la viruela o sobre las plantas como la de gusanos, atacante de los cultivos y episodios de intensas lluvias e inundaciones.

Sin embargo, era demasiado extraña la riqueza creciente del mestizo y en tan poco tiempo.

Las autoridades pensaron muy bien la forma de investigarlo, era verdad que se trataba de un mestizo, pero tenía comportamiento de blanco, una buena fortuna y también buenas amistades en las instituciones públicas, militares y eclesiásticas, por tanto se debía proceder con sumo cuidado.

Las averiguaciones empezaron con la sospecha de adquirir artículos e insumos de contrabando, cuestión muy en boga y practicada incluso por algunos de los denunciantes.



Por supuesto nada de esto era verdad y por muchas indagaciones efectuadas, las resultas fueron infructuosas, nada relacionado con el contrabando o la adquisición de bienes de procedencia dudosa, ilegal le pudieron achacar y menos comprobar.

Él era inocente de estas acusaciones, siempre habíase comportado adecuadamente, incluso mejor a muchos de quienes deseaban perjudicarlo, siempre pagaba sus impuestos y hacía contribuciones generosas a la Iglesia.

Entonces por vez primera indagaron acerca de ¿cómo era posible que pagara en algunas oportunidades con oro?, cuando en la propia Caracas existía una escasez permanente.

La oportunidad se les presentó, al desembolsar el preciado metal en una transacción, con uno de los denunciantes envidiosos.

Luis Daniel, sin sospechar en lo más mínimo de la nueva acusación y averiguación, a pesar de siempre haber estado alerta, para no despertar inquietud alguna, canceló con varios adornos indígenas de oro y perlas.

Los investigadores examinaron los mismos, sin tomar muy en cuenta las perlas, y decidieron detenerlo e interrogarlo, luego de efectuar un registro en su hacienda, su casa y en la pulpería, en busca de más evidencias.

La mayor parte del oro estaba bien guardado, allá junto al peñón blanco en Los Teques, enterrado.

Solo una pequeña cantidad le quedaba, ya había pensado y tenía pendiente hacer una nueva excursión para traer el resto.

En la casa de la hacienda, hallaron solo algunos elementos indígenas de oro, y antes de ser sometido a una requisa personal, Luis Daniel extrajo de su bolsa algunos idolillos y adornos indígenas.

Al ser interrogado acerca de su procedencia explicó haberlas obtenido de la venta de provisiones, cacao, cochinos y reses, a un militar hacía ya varios años, cuyo nombre no recordaba; pero había partido con su tropa para una incursión por el Orinoco.

Tal hecho había sucedido un lustro atrás y tanto el capitán Marcos Urizabarreta como el resto de su gente habían sido aniquilados por los indígenas orinoquenses, después de una larga travesía por los llanos y las selvas, entre las asperezas y carencias en esos lugares y los asedios de los indígenas de diversas tribus.

Por los sitios donde pasaba el ejército, habían tenido múltiples carencias, enfermedades y hostilidades que habían mermado enormemente la tropa. Hasta el propio jefe, el capitán Urizabarreta había fenecido.

Una pérdida paulatina de la tropa, habíase transformado en desastre al ser atacados por hordas de guerreros orinoquenses. Fueron aniquilados en su totalidad. Solo se habían salvado algunos indios de servicio, quienes regresaron y relataron la tragedia ocurrida.

XXII.- DORADO DE FRACASO. LIBERTAD Y VIDA PARA EL MESTIZO

A pesar de caer una fina llovizna, el ambiente nublado y el firmamento encapotado, con gran optimismo y decisión, el capitán Urizabarreta con un ejército de 250 hombres, 20 caballos, indios cargadores de servicio, ganado, alimentos, armamentos, ropa de protección y demás insumos estimados para la travesía, partió hacia la región de Valencia, para luego internarse en los llanos.



La marcha hacia Valencia resultó agradable, sin mayores tropiezos, acampando con gran tranquilidad, sin sospechar las tribulaciones y accidentes que los esperaban en su tránsito por el llano y las selvas. El Dorado se encontraba en Guayana, pasando el río Huyapari, que los naturales de aquellas zonas denominaban Orinoco.

Manoa llamaban los indígenas, la ciudad dorada, donde abundaba el oro, estando las casas y plazas revestidas con este metal.

En las fiestas celebradas muy continuamente, el cacique era recubierto con el bálsamo curcai y luego le soplaban con unas cañas oro en polvo, para adherirlo en su piel. A continuación comenzaba la celebración con música, bailes, comidas y bebidas durante varios días.

Tras esa lejana ciudad marchaban, llenos de ilusiones y ambiciones por el dorado metal, el jefe Urizabarreta y sus soldados.

A pesar de haber acampado en las afueras de la ciudad de Valencia, los vecinos salieron esa madrugada, al camino a darles la despedida y desearles el mejor de los éxitos y un pronto retorno. Pensando en la prosperidad para ellos y la ciudad misma, con el regreso y seguramente avecindamiento de algunos de los expedicionarios vueltos ricos.

Algo les caería a ellos, tal vez mucho. Ojalá.

Poco a poco la vegetación exuberante y las colinas fueron desapareciendo para dar paso a un terreno plano cubierto de grandes pastizales, cada vez más intrincados, obligando a un avance lento, mientras el calor húmedo penetraba por las vías respiratorias y a nivel de piel producía una exagerada transpiración, sin evaporación. Era un calor húmedo, pegajoso y molesto. La brisa brillaba por su ausencia

La vanguardia se adentraba en estos inmensos e interminables zonas planas, machetes en mano abrían lentamente el paso, mientras, las asperezas y filosas hojas de los altos yerbazales arrancaban fibras de las ropas de los expedicionarios y hasta rasgaban la piel de algunos, a la par que bandadas de zancudos y mosquitos les castigaban picándolos.

De todos modos, nadie, ni este primer día, ni la siguiente semana se quejó, la idea fija de apoderarse de la ciudad del oro les marcaba el rumbo y les hacía superar las incomodidades con creces.

Así pasaron varias semanas, la vegetación cambiaba a veces y debían atravesar arcabucos intrincados, hasta llegar a las márgenes de una laguna, muy profunda y ancha para cruzarla, entonces se decidieron bordearla, dirigiéndose siempre hacia el este.

Al cabo de varios días, avizoraron un pueblo indígena.

Fueron y lo tomaron sin mayor resistencia. Se alojaron en los bohíos, luego de detener a los habitantes de la aldea, que no pudieron huir; se dedicaron al saqueo de los objetos y prendas doradas, cargaron con los alimentos y tomaron a las mujeres como sus parejas, para aliviar su prolongada abstinencia y darle rienda suelta a sus instintos y aberraciones sexuales.

OMAR BARRIENTOS VARGAS

En eso estaban, cuando una partida de indígenas, poniendo en libertad a sus compañeros presos hizo armas contra los españoles. Nubes de flechas se cruzaron en esta guasábara por espacio de varias horas, resultando vencedores los conquistadores, luego de matar o herir a decenas de integrantes de la tribu y con la muerte de dos españoles, seis heridos; también resultaron heridos y muertos, varios indios de servicio y un par de caballos.

De aquí en adelante, tomaron mayores previsiones y marcharon siempre prevenidos, pero las provisiones comenzaban a mermar, llevaban casi dos meses en la travesía y por ninguna parte conseguían frutos para comer; sus ropas estaban convertidas en jirones y varias de los rasguños se habían inflamado y supuraban, amén de las fiebres y diarreas constantes que afectaba a otros. Dos de los heridos en la refriega murieron afiebrados y con las heridas putrefactas.

Los indígenas cargadores se veían saludables, estaban habituados a permanecer bajo este sol inclemente, sobrellevar los miasmas del ambiente, pasar con tranquilidad el ataque de los zancudos y demás alimañas, sin embargo, iban algunos debilitados y enfermos, especialmente por causa de la falta de alimentación suficiente.

En una oscura noche y en un momento de descuido, un grupo de indígenas cargadores huyeron.

Lentamente, la tropa avanzaba en esa larga e interminable travesía; los terrenos anegados, de improviso se convertían en caño y ríos, los cuales debían atravesar, unas veces a nado y otras construyendo balsas.

Marchaban en largas caminatas, pero sus fuerzas mermaban por la ausencia de alimentos suficientes; por su parte, el sol, el calor constante, las acometidas permanentes de zancudos, moscas, garrapatas y demás insectos, les hacía la vida casi imposible.

Ya contaban con varios enfermos, tal vez muchos, la mayoría llevados en angarillas.

Sus reservas habíanse agotado, nada de alimentos se conseguía. Sol, calor, humedad y mosquitos eran su indeseable compañía.

El agua no faltaba, era por el contrario un inconveniente. Tremedales y lagunas, por todas partes; en algunos el agua les llegaba hasta el cuello.

Pronto hubo nuevas deserciones de los indios de servicio y muerte de soldados macilentos y enflaquecidos hasta los huesos.

El capitán continuo permitiendo, el sacrificio de algunos caballos como alimentación.

Así al cabo de varios meses, con las tropas muy menguadas, habían perecido más de la mitad del personal del ejército y la fuga de casi todos los cargadores y flecheros, luego de haber sido hostigados por diferentes grupos indígenas, avizoraron el río Huyapari a cuyas márgenes encontraron una aldea nativa.

La asaltaron, tomaron y mataron a varios hombres, violaron reiteradamente a las mujeres, luego de saquear las sementeras y aplacar el hambre.

Indagaron sobre la ubicación de Manoa, les dijeron esa ciudad de oro se encontraba a muchas leguas y les previnieron lo inconveniente de ir allá, estaba poblada por miles de gentes, muy guerreras, quienes seguramente los combatirían y vencerían con facilidad.

Urizarbarreta los escuchó con suma atención y pensando en sus fuerzas disminuidas, reflexionó sobre las penurias del largo viaje, y a pesar de padecer de escalofríos y fiebre, no pensó en abandonar la misión, ahora cuando estaban muy cerca de su objetivo, a punto de coronar.

Se quedaron por espacio de diez días para recobrar sus fuerzas, y con las embarcaciones quitadas a los aldeanos atravesaron el río. Dos canoas, veinte hombres y tres caballos desaparecieron arrastrados en una primera instancia por la corriente, y luego volcando aparatosamente al golpearlos de improviso una gran ola. Una vez en la otra orilla, reagruparon sus fuerzas y trataron de marchar hacia el río Caura, donde según los relatos tantas veces

escuchados, se encontraba El Dorado. No sabían a cuál altura, pero, de acuerdo a lo planteado por varios indígenas, era en las márgenes de ese otro río.

Ahora debían atravesar una selva inhóspita. Los árboles poco a poco ocultaron la luz solar, y solo el sonido del agua y el resplandor proveniente del río, les servía de guía en su avance lento.

Desde los primeros atardeceres, enjambres de mosquitos les atacaban, sin encontrar donde refugiarse. Tan solo el humo generado por hogueras encendidas los alejaba momentáneamente.

Así continuaron su travesía, aun cuando nuevas enfermedades los acometieron, las llamadas fiebres terciarias (paludismo) eran la causa principal, fiebre, dolores de cabeza, sudoración abundante y escalofríos cada dos o tres días. Afectaban a casi todos..

El capitán Marcos Urizabarreta al sentir el ataque de la fiebre terciaria, bajó del caballo. Los ordenanzas le colgaron el chinchorro. Se acostó y comenzó a temblar a pesar de echarse encima una gruesa ruana. Los escalofríos lo atormentaron inclementemente, para dar paso a una fiebre en aumento constante. Lanzó su cobija y sus ropas al suelo. Al principio, gotas de sudor se apoderaron de su cuerpo, para convertirse en torrentes. De improviso se levantó y corrió hacia el río, se sumergió en sus aguas y ya no salió más.

Así la escuálida tropa quedó privada de su jefe. Una vez asumido el mando por el segundo, decidió torcer el rumbo y regresar. Una andanada de flechas, acompañada del sonido de botutos, caracolas y gritos detuvo el avance o mejor el regreso.

Los dardos lanzados por las ballestas y los proyectiles arrojados, estruendosamente por los arcabuces, desconocido en aquellos parajes, sembraron la muerte entre las primeras avanzadas indígenas. Lanzas y macanas se enfrentaron a espadas, y alabardas. La batalla se desarrolló durante todo el día, y al siguiente, nuevas legiones de indígenas se abalanzaron contra los invasores.

Pasaron varios días y las posibilidades de salir del atolladero se tornaron muy disminuidas, el personal español y sus acompañantes indígenas de servicio, agotados fueron exterminados, salvándose tres indígenas de servicio al escapar y finalmente, en medio de grandes dificultades llegar hasta el río Huyapari –Orinoco-, donde realizaron una travesía de semanas, logrando arribar a Trinidad, donde contaron lo acontecido.

Información que se extendió por todos los territorios y llegó, por lógica a Santiago de León.

Con dicha explicación, cuya veracidad fue recordada por los investigadores y ante la imposibilidad de ser desmentida la afirmación hecha por el investigado, la indagación se detuvo, el caso se cerró y le devolvieron las joyas y la libertad a Luis Daniel.

XXIII.- ¿CÓMO DISPONER DEL ORO, SIN VOLVER A DESPERTAR RESQUEMORES?

Todo había ocurrido de pronto, de una manera muy rápida. Habían pasado diez días, desde su libertad y devolución de las prendas decomisadas.

El peligro seguía presente, ya no podría utilizar de igual manera, el oro proveniente del tesoro de Guaicaipuro. Sería demasiado sospechoso disponer de él, “deberé dejar pasar un tiempo para utilizarlo de nuevo”.

Después de un tiempo prudencial, Luis Daniel viajó al peñón blanco en Los Teques, para extraer otra porción del tesoro; en esta oportunidad, viajó a caballo, portaba pistola y espada “por si acaso” y una mula para transportar el tesoro.

A pesar de los cambios producidos por la naturaleza en la selva, con facilidad encontró la piedra blanca, señal inequívoca de donde estaba oculto el oro. Su memoria funcionaba perfectamente. Cargó varias bolsas y las depositó al fondo de los talegos llevados,

completando su contenido con pasto debidamente trozado y amarrado y los subió sobre la bestia.

Cabalgó todo el día en el viaje de regreso, otro tanto había hecho en el de ida. En resumen, dos días y una noche le bastaron para ir por el tesoro y regresar con él.

Llegó directo a la hacienda, enterró una buena parte y guardó una cantidad suficiente para las inversiones y desembolsos estimados para las siguientes semanas.

En su mente tenía la posibilidad, de hacer algunas compras o gastos en territorios, donde no le conocieran; eso significaba viajar a otras regiones.

Desde hacía bastante tiempo, se había preparado como caballero, imitando y aprendiendo sin rebuscamientos el trato, el don de mando —el cual siempre había tenido—, la cortesía y demás formas sociales. Estos procederes ya formaban parte de su comportamiento regular.

Podría ir a tierras o poblados alejados de la ciudad, podía y debería hacerlo de forma segura, bien plantado y acompañado de un séquito, a fin de infundir respetabilidad, como personaje de buena clase y condiciones económicas, amén de crear una atmósfera favorable a su condición de hijo natural de un potentado caballero, quien le habría dejado una importante fortuna. Ese rumor ya se había esparcido por Santiago de León y seguramente en algo le había ayudado, para salir airoso de la investigación recientemente sufrida.

Lo de clase era bastante dudoso, su condición de mestizo o mejor su cara le delataba, pero la riqueza y ostentación estaba a la vista. La idea de ir a otros lugares a hacer negocios, le atraía a veces, mientras en otras ocasiones la rechazaba; si bien podía emplear el oro para pagar, y eso era muy bueno, excelente; el emprender un nuevo destino en tierras desconocidas poco le llamaba la atención. Él estaba, tal vez demasiado aferrado al terruño caraqueño, donde había nacido, vivido y le iba bien.

Nunca había sido codicioso, ni ostentoso, hasta ahora, se sentía poderoso, gracias a su fortuna en continuo ascenso.

Debía ir lejos de Caracas. No era para mudarse a otra región, no lo quería y no lo deseaba, pero... le parecía una solución interesante. A lo largo de toda su existencia había sido muy trabajador, pero estaba convertido en un amo ambicioso y por imitación de los hijosdalgos peninsulares y criollos, evitaba cualquier labor manual, tal como ellos lo hacían.

Gracias a su constancia, -claro con el tesoro- y suerte había ascendido en la escala social, máxime después de haber sido investigado y demostrado su inocencia.

Su cabellera comenzaba a blanquearse y su cara a ser poblada de arrugas, mantenía una lucidez tremenda y sus fuerzas parecían inagotables, como su voluntad de seguir adelante en su ruta de progreso.

Pero, ¿Eso era progreso realmente o solo ambición desmedida?, se preguntaba a veces, sin encontrar en el fondo de su ser una respuesta convincente.

Se sentía bien, estaba bien, su tiempo se agotaba y lo sabía; en cualquier momento sería abuelo, ya la barriga de cerca de nueve meses de embarazo de su hija se lo decía.

La vida es corta, cavilaba la suya por lógica tendría su final, tal como la naturaleza lo tenía dispuesto desde siempre.

El tiempo que le quedaba debía aprovecharlo, su fortuna y su labor de propietario de un predio cultivado en una parte y la otra parte con una ganadería en expansión y una fábrica de lácteos: mantequilla y quesos, eran y seguirían siendo de su propiedad, pero sus labores ya no le atraían; entonces encargó de todo a su yerno Antonio.

Antonio, contento con su nuevo nombramiento se sintió encumbrado y agradecido. Así un día cualquiera ofreció enseñar a leer y escribir a su suegro y su cuñado.

En ese momento, Luis Daniel se dio cuenta de la importancia de este conocimiento, podía ayudarlo localmente y en la concreción de posibles planes en otras ciudades.

Ese conocimiento, también contribuiría con la actividad comercial de Juan, su hijo y así se lo hizo saber, sugiriéndole deponer cualquier antipatía o roce con el otro joven. Y dedicar un buen esfuerzo a la comprensión y aprendizaje de la materia ofrecida.

Las lecciones fueron emprendidas con gran entusiasmo, tanto por el maestro, como por sus alumnos y al cabo de varias semanas, el esfuerzo dio sus frutos, en la lecto-escritura.

Las lecciones se continuaron con la instrucción de las 4 operaciones matemáticas de suma, resta, multiplicación y división. Luis Daniel, orgulloso, en posesión de los nuevos conocimientos, optó por adquirir algunos libros, previa asesoría de su maestro.

Antonio con todo gusto le hizo una lista de una decena de textos y le sugirió los encargase a un librero en Madrid, desde donde vía marítima se los enviarían en varios meses.

Su hijo, el tendero, o mejor el comerciante Juan, buscó la manera de ponerlos en práctica.

Abrió un cuaderno para colocar el inventario de mercancía, su costo y el producto de sus ventas, igualmente concibió la idea de colocar un aviso explicando la mercancía vendida en su establecimiento.

Claro era solo para personas alfabetizadas, seguramente serían pocas, pero debían ser, las de mayor poder adquisitivo y también algunos de sus agentes y representantes.

De todos modos, pensó y lo puso en práctica, dibujar al lado de las letras, los artículos ofrecidos.

Era una manera rudimentaria de publicidad, pero probó pronto su efectividad, al aumentar levemente sus ventas. Era poco, pero grano a grano llena su buche la gallina...

Entonces, renovó la existencia en mercancía, pagando una parte en oro y la otra con la moneda más corriente, las perlas.

XXIV.- CACAO A LA HUAIRA

Luis Daniel, pensaba en la posibilidad de llevar algunos productos a ser vendidos y cambiados por otros, y en adquirir con su oro algún ganado; para tal empresa, debía decidir si hacerlo hacia la ciudad de Valencia o al litoral central.

La idea de viajar a otro lugar lo mantuvo, tan solo en eso en idea, hasta ese momento, cuando se le presentó la oportunidad de poder llevar al litoral central, una carga de cacao, la cual le comprarían con la sola condición de remitirla allí.

La Huaira, era una población fundamentalmente indígena, pero estaba siendo usada como puerto por los peninsulares y los criollos.

Hasta allá debería llevar varias cargas de cacao para obtener un buen precio. La dedicarían a la exportación y por tanto no escatimarían en darle un buen precio. Eso le llamaba la atención, le atraía.

En Valencia podría adquirir con su oro, con gran facilidad y buenos precios, una ganadería de primera y eso le tentaba.

Sobre estas reflexiones y posibilidades conversó con su amante y después con su hijo. Las pláticas poco se prolongaron, la solución era muy sencilla, pero un poco larga.

Debía emprender ambas travesías, primero al litoral, donde obtendría dinero por el cacao a llevar y después hacia Valencia para adquirir la tan deseada ganadería.

Sobre un bayo, trajeado como lo que era, un buen jinete, avanzó cerro Guaraira Repano arriba, por el camino destinado a llevarlo al litoral central.

Detrás varias mulas y borricos en fila, cargando sacos con cacao, guiadas por dos hombres, avanzaron lenta, pero continuamente. Debieron pernoctar por el camino, la vía los conducía hacia su destino, pero al lento avanzar, se le agregaba la culebreante y angosta subida que luego de conducirlos a la cima de los cerros,

con la mirada hacia el mar, comenzaría un descenso, también curvilíneo.

De todos modos la travesía era de escasos días. Así con mucho optimismo siguieron adelante.



Luis Daniel como era lógico llegó primero y de inmediato se dedicó a negociar el cargamento.

Era un principiante y como tal le trataron, buscaron la forma de enredarle y ponerle bajos precios. Escuchó las razones y las posibles cantidades a cancelar por su mercancía y siguió ofreciendo su producto, hasta encontrar el precio más o menos deseado y estimado. Le pareció adecuado e hizo la negociación.

Entregó el cargamento y se dispuso a comer y a descansar para renovar sus fuerzas, previo envió de su gente y animales de regreso a Santiago de León.

Un baño de playa le devolvió su alegría y deseos de pasarla en grande. Compró ron y tomó varios tragos, se sintió bien, grandiosamente.

Así, muy alegre, aun cuando no borracho, buscó compañía femenina.

Cercana a la playa donde se encontraba, vio pasar una joven dama. La invitó a acompañarle; luego de algunos remilgos, aceptó y compartió la comida y bebida ofrecida.

La conversación entre libaciones pronto pasó de entretenida, a bromas e insinuaciones para convertirse en caricias y manoseos. Abrazos, besos, sobaderas los llevaron a un coito rápido y desesperado.

Susurros, gritos callados de placer llenaron sus turbadas mentes por el licor y ahora por la atracción sexual, hasta llevarlos al clímax en un último estertor de deleite.

Un largo silencio y plácida ensoñación los envolvió; pero de improviso, al abrir sus ojos, su mirada dio con la realidad, a unos pasos de distancia, la joven trataba de llevarse su bestia.

De un salto se puso de pie, se le acercó profiriendo improperios y descargó su puño en el rostro, causándole el sangramiento de la nariz. En veloz carrera, con las manos en su cara, la dama se alejó. Su primer impulso fue seguirla y continuar castigándola, pero empezó a razonar a pesar de tener la cabeza y pensamiento embotado por la abundante ingesta de licor.

Desechó ese ímpetu, recogió sus pertenencias, muy especialmente la bolsa contentiva de los pagos recibidos por la venta del cacao. Afortunadamente seguía oculta, tal como la había dejado en los momentos cuando decidió bañarse en el mar.

De regreso a Santiago de León, ya con la mente mucho más clara, pero con un fuerte dolor de cabeza reflexionó sobre las consecuencias que han podido tener sus impremeditados actos.

El baño en el mar, nadar y jugar en las aguas constituyó un gran alivio y placer para su cansado cuerpo; nunca debió dar lugar a la ingesta desmedida de ron que abrió las compuertas al deseo sexual y a la búsqueda de con quien satisfacerlo.

Tal vez, pensó, el problema no fue ni siquiera la bebedera, ni el contacto con la joven, sino haberse fijado en esa, poseedora de otras intenciones, bueno menos mal, la cosa no pasó a mayores.

Con estas y otras reflexiones, se hizo la promesa de no volver a cometer locuras semejantes, sobre todo cuando estaba en una región desconocida; pronto deberá hacer otro viaje hacia la ciudad de Valencia. En ese periplo, tendría otro comportamiento, adecuado; se trataba de una misión comercial, comprar ganado, pensada desde hacía algún tiempo.

Debería tener mucho cuidado, pero, de todos modos, se podía echar una canita al aire...

Regreso a sus tierras, se aseo, tomó otra bestia y se dirigió a Santiago de León, a visitar y compartir el lecho. Tenía un descanso muy merecido. Realmente, ¿muy merecido?

XXV.- VIAJE Y GANADO DE VALENCIA

Día después, ya descansado y aclimatado, brotó de nuevo su inquietud por comprar ganado en un fundo valenciano.

Invitó a su hijo, le serviría de ayuda en las negociaciones y de compañía en el viaje.

El joven dejó la tienda de Santiago en manos de sus dos empleados y luego de hacerle infinidad de recomendaciones, buscó a su padre. Luis Daniel designó la gente a llevar y programó las actividades a desarrollar, no solo en el viaje de ida, sino muy especialmente en el regreso, cuando deberían traer una punta de ganado, con muchas vacas preñadas.

Acompañado de varios vaqueros en sus cabalgaduras y con dos mulos cargados de todo lo necesario para la travesía, puso rumbo a Valencia.

El recorrido desde Caracas, a pesar de durar tres días, pasó sin inconvenientes.

Cabalgar todo el día, solo se detenían para descansar, dar de beber y comer a los viajeros y sus bestias; colgar hamacas, encender fuego, tratar de combatir las plagas y dormir, ocuparon las noches de la travesía.

En Valencia varios hacendados, acostumbraban visitar el mercado principal, para vender su ganado, al saber las intenciones del acaudalado Luis Daniel, le buscaron para ofrecerles sus animales.

A lo lejos vieron un caballero blanco, jineteando una yegua zaina, pero al acercarse y verle el rostro, lampiño, con algunos rasgos indios, presumieron el origen mestizo del posible comprador; tuvieron ciertas reservas, pero acordándose de las reciente historias sobre su origen nada dijeron.

Estaban enterados de ser uno de los amos de Caracas, descendiente directo de un conquistador y una india, con la cual había mantenido unos amores fugaces y este Luis Daniel era el resultado de esa unión pasajera.

Pero al haber nacido un niño blanco de pelo castaño, fue reconocido y estimado como su hijo.

Este tipo de uniones, era frecuente. La mayoría, por no afirmar la totalidad de los blancos peninsulares y criollos del valle de Caracas y otras regiones, tenían prácticas similares, sin embargo en muy pocas ocasiones aceptaban como propios los productos de esas relaciones pecaminosas. Bueno los valencianos procedían de manera similar.

Casi nunca los reconocían ni criaban los niños como hijos propios. Siempre preferían unirse en matrimonio con mujeres blancas, cuyos retoños si eran reconocidos, educados y considerados como lo que eran, sus hijos.

Incluso al engendrar criaturas en mujeres negras, los calificaban como esclavos y así los trataban, sin remordimiento alguno.

Desde el día anterior, cuando habían llegado, algunos de los vaqueros llevados y el mismo Juan habían dado a conocer dicho rumor.

Entre libaciones y compras de comida preparada, en algunos ventorrillos, comentaron a viva voz el supuesto origen y fortuna del jefe.

Así, sin preguntas acerca de su origen se entablaron largas negociaciones, donde los precios originalmente pedidos por los ganaderos, fueron reducidos a casi la mitad. Casi todo un día se habían llevado las discusiones, con lapsos interrumpidos para comer y beber.

Efectuada la transacción Luis Daniel y su hijo, aceptaron la invitación de los ganaderos vendedores. Una ternera asada con yuca, escanciada con abundante vino y escuchando las interpretaciones de un guitarrista cantor y dos bailaoras nublaron

las mentes de padre e hijo, hasta llevarlos a una sensación placentera y adormecedora.

Durmieron y descansaron sin sentir las picadas de los zancudos esa noche.

En la madrugada, bien despiertos, con una resaca enorme, se dispusieron a iniciar el regreso.



Ordenó a los hombres llevados, reunir el ganado y ponerlo en movimiento.

Los vaqueros, orientaron hacia Santiago de León, la punta de ganado adquirida, cuya paga realizada en oro, fue muy apreciada por los valencianos.

El arreo del ganado hizo el avance más lento, pero luego de una semana llegaron al predio, en el valle caraqueño.

Nuevamente, Luis Daniel, se aseo, comió y se fue a casa de su mujer blanca.

Retozó y durmió profundamente.

XXVI.-VIDA DE BLANCO, DISIPADA

Una vida dispendiosa había asumido Luis Daniel, trataba de convertirse en un caballero, aun cuando no era blanco, si en un caballero. ¿Eso sería posible? En cuanto a los modales y forma de comportarse, era factible, de cierta manera lo era, pero en la estima, privilegios no lo sería. Su condición mestiza, su raza constituía un escollo infranqueable.

OMAR BARRIENTOS VARGAS

Los mestizos siempre habían ocupado un lugar por debajo de los blancos. Él no era la excepción, solo era afortunado, rico y poderoso. Deseaba haber nacido como blanco, pero era mestizo y eso no se lo podía quitar. Estaba convencido de poderse encumbrar como un buen caballero, pero ser considerado como tal, con todas las ventajas implícitas sabía era imposible.

Era un potentado, con varias propiedades y mucho oro. Ya no trabajaba directamente, vivía de las rentas; tenía grandes e influyentes amigos blancos, seguramente de oportunidad y además, tal vez su principal defecto o virtud, carácter afable ser un bebedor y parrandero a decir no más.

No estaba arrepentido del camino transitado en este sentido, muy por el contrario deseaba continuar y profundizar en él.

Ya tenía casi un mes sin realizar las acostumbradas reuniones festivas. La gente las extrañaba. Él también. Sus viajes a otras ciudades lo habían impedido, pero ahora de nuevo en Santiago de León debería preparar la próxima con sumo cuidado, capaz de superar a todas las efectuadas hasta ese entonces.

Abundante comida, por supuesto española, acompañada de delicadeces y vinos traídas de la península ibérica; espectáculo musical y músicaailable, interpretados por músicos de verdad; varias mesas para juegos de barajas y dados debían completarse con la invitación de un par de damas no muy santas.

La mayoría de invitados, incluidos los alcaldes de la ciudad llevaban siempre sus acompañantes femeninas. Ahora tampoco sería la excepción, pero se debía prevenir cualquier contingencia.

En fin, todo lo propuesto se realizaría. Así lo había ordenado, así se haría. Él siempre lo pagaba.

Recordó de improviso las enseñanzas de sus padres, de solidaridad y sentirse como un aborigen; le habían servido al principio, pero ahora no. Quería más, aumentar su riqueza y poder. Buscaba obtener un cargo público, convertirse en el primer pardo en llegar.

De una u otra manera, para el régimen colonial, para los blancos peninsulares y criollos, ofrecía y había dado su ayuda, en la cual generosamente entraba la misma iglesia.

A la iglesia tenía mucho tiempo asistiendo y asistiéndola; le otorgaba importantes aportes y efectuaba amplias demostraciones de religiosidad. No pelaba la misa dominical, ni en las demás fiestas de guardar. Era un feligrés asiduo en la iglesia catedral.

Claro no ocupaba los lugares de los blancos mantuanos, pero siempre iba, comulgaba y participaba en todo acto religioso, como en las abundantes procesiones, en aniversario de vírgenes o santos y por supuesto en la semana mayor.

Se comportaba como un hijosdalgo. Tenía propiedades, pero no trabajaba directamente en ninguna, para eso tenía todo un tren de indios y esclavos, dirigidos por su yerno en la hacienda, mientras en el comercio en plena ciudad, tenía un encargado. Su hijo, ahora era un supervisor y seguía sus pasos.

Solo se ocupaban de aprobar los negocios y por supuesto recibir los dividendos de los mismos.

Cuántos le envidiaban su fortuna, espléndido comportamiento, su derroche, en fin su vida, pero seguro su origen mestizo si lo despreciaban.

Bueno esto de convertirse en funcionario público era un imposible, pero soñaba con eso, a pesar de sus buenos contactos; los blancos no estaban dispuestos a hacer una concesión tan especial, como para incorporar a un mestizo en el gobierno local; aun cuando se tratase de un poderoso amigo, como él lo era.

Mejor sería dejar de pensar en este tema y dedicarse a los suyos.

XXVII.- TODO TIENE SU FINAL

La reunión festiva, organizada en su casa, como tantas otras resultó un notable éxito; se prologó en demasía, hasta bien entrada la noche y ahora pagaba las consecuencias, quizás la mayoría de sus invitados padecían su mismo mal, una bestial resaca.

Pasó todo el día colocándose pañitos de agua en la frente, los cuales le suministraba la servidumbre por instrucciones de su querida Doña Úrsula. Bebía abundantes líquidos y vomitaba todo alimento ingerido.

Sin haber comido y sin poder conciliar el sueño se mantuvo en la cama. Por la noche empeoró, al dolor insoportable de cabeza se le unió una visión borrosa por ambos ojos, el lado izquierdo del cuerpo se le paralizó. Con mareos, hablando como si estuviese borracho, con confusión mental y casi ciego, adolorido, trató de incorporarse para ir a realizar una necesidad fisiológica. No pudo. Se hizo en la cama.

Presurosa, unas esclavas se presentaron para levantarlo limpiar el desastre y ayudarlo a cambiar su ropa.

Llamado el boticario de la esquina Principal, le recetó varias pócimas y un ungüento a ser aplicado en la frente, brazo y pierna izquierdas, preparadas por el mismo.

En el momento de salir el boticario de la casa, Doña Úrsula le preguntó sobre esa repentina enfermedad y el herbolario le respondió:

- Es muy grave, le he dado todo cuanto se puede, quedará paralizado y con la mente perturbada o morirá.

Solo Dios y los santos pueden ayudarlo.

- Le aconsejo invocar a San Cosme y San Damián, dos santos hermanos gemelos, dedicados a curar desde principios de nuestra era, y todavía lo hacen, claro, con la intercepción de Dios, nuestro señor. Son muy milagrosos contra las enfermedades y logran la restauración de la salud, ahora desde el cielo.

Doña Úrsula quedó muy pensativa, si ocurría un milagro, cuestión muy difícil, Luis Daniel, seguramente tendría con ella un comportamiento similar, y eso era bueno, así ofrecería a estos santos una novena y pediría su intercepción para buscar el prodigio de la sanación.

También ofrecería 100 misas seguidas para lograr el mismo fin. Dispuesta a buscar ayuda en la religión, se dirigió a la iglesia de San Francisco.

El sacerdote no más al verla, recordó las habladurías y chismes existentes sobre las relaciones de la viuda con el mestizo Luis Daniel, pensó prohibirle la entrada a la iglesia, pero deseando posibles arreglos económicos y recordando las jugosas contribuciones efectuadas con asiduidad por su amante, el rico feligrés, la saludó con extraordinaria cortesía e indagó sobre el cometido de la visita.

Doña Úrsula, le informó la grave dolencia de su amado, le pidió su intercepción ante los santos Cosme y Damián y le encargó 100 misas de sanación. Aceptó de inmediato, su precio y entregó algún dinero adicional, como otra ayuda a la congregación franciscana.



Santos Cosme y Damián

Durante varias semanas, entre rezos y asistencia a la iglesia, combinados con una atención cuidadosa del enfermo, doña Úrsula dispuso de su tiempo, sin mayores resultados.

Múltiples visitas efectuó el boticario sanador, sin obtener éxito alguno sobre el mal del hacendado mestizo.

Después de cierto tiempo, vaticinó:

- Luis Daniel definitivamente seguirá paralizado en la mitad del cuerpo, sin poderse valer por sí mismo; su pensamiento y habla, continuará como ahora. Es cosa de la naturaleza y de Dios decidir sobre su existencia. ¿Cuánto de vida le queda? Es imposible decirlo. Solo Dios desde el cielo lo sabe.
- Hice todo lo posible por remediarlo. Solo un milagro lo puede salvar. Y hasta ahora eso ha sido imposible.

Su amante ya nunca volverá a ser el mismo de antes, reflexionó doña Úrsula, entonces abandonó sus rituales religiosos y comenzó a pensar en su futuro. ¿Cómo enfrentar la vida cuando Luis Daniel partiera de este mundo? Ella sola por cuenta propia, ya no valía mucho como mujer. Los años vividos con Luis Daniel habían consumido parte de su belleza, transitaba por el camino de la madures. No tenía hijos. Contaba con algún dinero y varias joyas tan solo. Eran insuficientes para continuar con su ritmo de vida y aun cuando fuera normal y modesta, era inalcanzable.

Estas cavilaciones, la llevaron a idear un plan para apropiarse de parte o tal vez de todas las propiedades de su amante. Claro, debería enfrentar a sus hijos y sus otros familiares.

En una primera instancia, decidió mudarse junto a Luis Daniel a su hacienda. Así se lo hizo saber a Juan, su hijo mayor, en los momentos cuando partía en una carreta, llevando al padre del joven, su concubino y varias de sus pertenencias.

Juan oyó en silencio la información y se dijo, son decisiones de mi padre y debo respetarlas.

Durante varias horas, dando tumbos, levantando mucho polvo y con un sol radiante, la carreta conducida por un esclavo se enrumbó.

Al acercarse, el verdor de los cultivos y de las montañas, el cantor de las aves y la presencia de varias bestias le indicó la llegada al predio. Tras una arboleda, distinguieron la casa principal, y más allá los corrales.

Fueron recibidos por algunas esclavas e indias, quienes al percatarse de la presencia de su patrono enfermo, se aprestaron a ayudarlo. Doña Úrsula les instruyó y entre dos lo condujeron a su habitación, mientras otros bajaban sus equipajes del vehículo.

Un poco después llegó María, quien de inmediato fue a ver a su padre. Una breve ojeada le bastó para entender la gravedad de su enfermedad, quien entre balbuceos la saludo y tratando de sonreír dibujo en su rostro una mueca.

Entre resignada y triste le dio la bienvenida a la amante de su padre, sin imaginarse, ni por mera casualidad, las intenciones de esa dama.

La vida continuó su curso y poco a poco como consorte de Luis Daniel fue lentamente, pero de seguido enterándose de las diversas actividades de la hacienda, iniciándose al principio con preguntas al detalle sobre los cultivos, la cría de ganado, el ordeño, la fabricación de quesos o la comercialización de los productos vegetales, cárnicos o lecheros y sus derivados.

Enterada del manejo del negocio comenzó por dar órdenes, ya no solo al personal de la casa, sino también al resto de los peones y esclavos del hato.

Doña Úrsula, en reuniones con el encargado, el canario Antonio, esposo de María, le hizo ver de manera indirecta que él tan solo era el encargado y ella por ser consorte del verdadero dueño, quien aún enfermo, la autorizaba a ella a proceder en lo atinente al funcionamiento de la hacienda. Si se portaba bien y le hacía caso, seguiría en su cargo con los privilegios atinentes al cargo ostentado. Ser yerno del patrón, esposo de su hija, muy poco lo favorecían, mejor le resultaba hacerle caso y estar en la buena con ella.

Manuel, el varón primogénito y por tanto único heredero de Luis Daniel, durante el transcurso del tiempo se había alejado del predio, y ahora solo iba, de vez en cuando para visitar a su padre. Sus actividades de negociante y sobretodo de continuador de las juergas aprendidas, tiempo atrás en su compañía, y superadas por

él, poco tiempo le dejaban; así doña Úrsula pudo decidir sin mayor oposición.

Un día cualquiera, la dama se presentó como auténtica dueña de la hacienda. El mestizo le había hecho una venta ficticia de la misma. Además, para hacer muy legal el documento, logró la colaboración del notario de Caracas, quien a cambio de una buena cantidad de dinero, le autenticó los papeles.

A partir de ese momento todo cambió, el canario Antonio y su familia fueron expulsados.

Los hermanos Manuel y María intercambiaron ideas para buscar una solución acerca del despojo. Conversar con su padre, resultó inútil. El viejo enfermo no captaba, ni entendía nada.

Diferentes diligencias hicieron, sin lograr mayores resultados.

Intentaron lograr la intervención de varias autoridades, pero la legitimidad de la posesión y pertenencia del predio, por parte de doña Úrsula, no tenía dudas. Luis Daniel a través del documento notariado y en presencia de testigos había traspasado sus bienes.

Afortunadamente, el negocio en Santiago de León no entró en dicho documento. Manuel, en ánimos de ayudar a su hermana, entrenó y encargo a su cuñado Antonio del mismo, mientras él, al tiempo, rebajaba su participación en juergas, se devanaba los sesos para desarrollar nuevas y productivas actividades comerciales.

Volvieronse infrecuentes las visitas a Luis Daniel. En parte por las barreras impuestas, cada día mayores, para evitarlas a sus hijos, y en parte por el olvido al cual son sometidos los enfermos crónicos. Luis Daniel, fue un mestizo domador de caballos, con grandes aspiraciones, formado con múltiples carencias, pero con mucho cariño por sus padres; el indígena tequeño Jesús lo había hecho rico al indicarle donde estaba el tesoro de Guaicaipuro y él después de tomarlo y hacer diferentes negocios, se olvidó de sus orígenes y trató, a pesar de ser mestizo de comportarse como un blanco y con una vida disipada, ahora enfermo grave, totalmente inútil, sin poderse valerse, intentando hablar, tan solo pronunció un sonido gutural, antes de perecer víctima de esa mortal enfermedad.

El tesoro de Guaicaipuro siguió enterrado, una porción, junto a la piedra blanca de Los Teques, la otra donde la colocó Luis Daniel, cuando la trajo y la sepultó en la hacienda. El plano de su ubicación, hecho por el viejo carpintero tequeño permaneció mezclado entre los libros adquiridos tiempo atrás, cuya lectura nadie siquiera intentó y desaparecieron hechos polvo víctimas de las polillas.

EL AUTOR



OMAR BARRIENTOS VARGAS

Optometrista, periodista y ex profesor de Ética, Legislación e Historia de la Optometría en el Colegio Universitario de Optometría de Caracas.

Presidente de la Junta Directiva Nacional del Colegio de Optometristas de Venezuela 1979- 84; Vicepresidente 77-79; Secretario General 76-77; Subsecretario General 75-76. Director de la revista "El Optometrista" 1976-86; Coordinador General de la II Convención Nacional de Optometristas, de la VI Jornadas Nacionales de Optometría y bajo su presidencia se efectuaron cuatro Congresos Nacionales de Optometría.

Ha participado en diversos cursos del Ciclo de Educación Optométrica Continua y del Departamento de Extensión Profesional del Colegio de Optometristas, unas veces como asistente y otras como facilitador.

Dirigió el programa de Despistaje Visual del Colegio de Optometristas de Venezuela 1975-81.

Ha escrito numerosos artículos de periodismo científico relacionados con la visión humana y la Optometría en diarios de Caracas, Maracaibo y Valencia.

Dirigió la página semanal "El Mundo de la Optometría" de 1976 a 1986, en el vespertino "El Mundo" y "Noticias de la Optometría" en el diario "Últimas Noticias" durante 1977-78.

Optometrista director del Centro de Análisis Visual CENAVIS 1982-89.

Director del laboratorio óptico CENLAVIS 1989- 2012.

Coordinador General del “Programa de Atención Visual en Barrios de Caracas” del 2001 al 2003” de Fundavisual O. Barrientos.

Obras:

1.- **“Manual de Prevención Visual”**. Editorial Leander. Caracas, noviembre 2017.

2.- **“Por el Mundo de la Visión”**. Ediciones del Autor. Caracas, 2020.

3.- **“Ética de la Optometría”**. Ediciones Leander. Caracas, noviembre 2018.

4.- **“Antecedentes mundiales e Historia de la Optometría en Venezuela”**, Tomos I y II. Ediciones del autor. Caracas, 2020.

5.- **“Catia, el Cacique Rebelde”**. Editorial Trinchera. Caracas, septiembre 2017.

6.- **“Tirama, el hijo del cacique Catia”**. Ediciones del autor. Caracas, 2020.

7.- **“Mestizo y el tesoro de Guaicaipuro”**. Ediciones del autor. Caracas, 2020.

8.- **“Los Rebeldes de Catia”**. Editorial Trinchera. Caracas, julio 2019.

9.- **“¿Para qué una Ley de la Optometría?”**. Ediciones del Colegio de Optometristas de Venezuela. Caracas, 1981.

10.- **“Visión de la Optometría”**, junto con Abdón Barajas. Edición especial de “El Optometrista. Caracas, enero de 1980-

BIBLIOGRAFÍA

- 1.- **Barrientos V., Omar:** “Catia, el Cacique Rebelde”. Editorial Trinchera, Caracas, 2017.
- 2.- **Barrientos V., Omar:** “Tirama, el Hijo del Cacique Catia”.
- 3.- Beltrán Acosta, Luis: “El pensamiento Revolucionario del cacique Guaicaipuro”. Ediciones Akurima. Caracas 11/2008.
- 4.- **Bonnefoy, Michel:** “Nuestra lucha por la Independencia”. Colección Bicentenario. Correo del Orinoco. Caracas, 05/2011.
- 5.- **Caulin, Antonio:** “Historia corográfica natural y evangélica de la Nueva Andalucía, provincia de Cumaná, Nueva Barcelona, Guayana y caudalosas vertientes del famoso río Orinoco” de 1779. Enciclopedia de Venezuela, T II. Editorial A. Bello, Barcelona España, 1973.
- 6.- **Crónica de Caracas No. 95.** Concejo Municipal del Municipio Bolivariano Libertador. D.C. 08/2014.
- 7.- **De Oviedo y Baños, José:** “Historia de la conquista y población de Venezuela”. Datada en 1723 Biblioteca Ayacucho 175. Caracas, 2004.
- 8.- **De Vargas Machuca, Bernardo:** “Milicia indiana”. De 1599. Biblioteca Ayacucho 17. Caracas 1994.
- 9.- **Galeano, Eduardo:** “Memorias de fuego. II. Las Caras y las máscaras”. Edit. Siglo XXI. Madrid 1984.
- 10.- **Gumilla.** José: “Historia natural, civil y geográfica de las naciones situadas en las riberas del río Orinoco”. Datada en 1741. Enciclopedia de Venezuela. Tomo II. Editorial A. Bello. Barcelona España 1973.
- 11.- **Molinare, Diego Luis:** “El nacimiento del nuevo mundo 1492-1534”. Editorial Kapelusz. Buenos Aires 1942.
- 12.- **Montoya, Pablo:** “Tríptico de la infamia”. Fundación Rómulo Gallegos. Banco Central de Venezuela. Caracas 2014.

- 13.- **Pardo, Isaac J.:** “Esta tierra de gracia”. Monte Ávila editores latinoamericanos. Caracas, agosto de 2007.
- 14.- **Poma de Ayala, Felipe:** “Nueva Cronica y buen gobierno”. Biblioteca Ayacucho 75. Caracas 1980.
- 15.- **Sanoja Obediente, Mario y Vargas Arenas, Iraida:** “La Revolución Bolivariana”, vol. III. Monte A Ávila Editores. Caracas 2015.
- 16.- **Sanoja Obediente, Mario:** “Historia sociocultural de la economía venezolana”. Banco Central de Venezuela. Caracas 2011.
- 17.- **Sanoja Obediente, Mario y Vargas Arenas, Iraida:** “La fragua del bravo pueblo”. Centro Nacional de la historia. Fondo editorial Fundarte. Caracas, 2018.
- 18- **Uslar Pietri, Juan:** “Historia de la rebelión popular de 1814. Serie Bicentenario. Monte Ávila Editores. Caracas 2015.
- 19.- **UNAM:** “Visión de los vencidos, relaciones indígenas de la conquista”. México 1959.
- 20.- **Varios autores:** “Enciclopedia de Venezuela” tomo II. Editorial A. Bello. Barcelona España.1973.